José Fernández del Villar

LA NEGRA

Comedia en tres actos, en prosa,

original



MADRID
Sociedad de Autores Españoles: calle del Prado, 24
1924

LA NEGRA

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

LA NEGRA

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Eslava la noche del 12 de setiembre de 1924



MADRID

Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

Teléfono 5-51 M.

1924

A la sagrada memoria de mi padre.

Su hijo, que no le olvida,

PEPITO.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ESPERANZA..................	María Herrero.
JUSTA	Consuelo Esplugas.
CURRITA BERNAL...........	Lía Emo.
BABY..........................	Cruz Almiñana.
ANGELA......................	Adela Cantos.
GERTRUDIS..................	Francisca Campos.
FLORA........................	Consuelo Company.
LA PEQUE..................	Aurelia Díaz.
VENTURA....................	Francisco Alarcón.
PACO CARMONA............	Luis Echaide.
BERNARDO PUENTE.........	Jesús Tordesillas.
EL SEÑOR LORENZO.........	Mario Albar.
SALUSTIANO................	Manuel Domínguez.
CAMILO......................	Carlos Viaña.
PEPÍN CARVAJAL............	Rodolfo G. del Campo.
RAMIRO......................	Fortunato García.

La acción en Madrid. — Epoca actual



ACTO PRIMERO

Una habitación, que hace oficios de comedor y de antesala, en el modestísimo pisito que ocupan en la calle de los Tres Peces, de Madrid, Ventura y su familia. Al foro derecha, en chaflán, un balcón, que da al patio de la casa. En el centro del foro, un aparador, sencillo y modesto. Al foro izquierda, el portón del piso, por el que se ve, al abrirse, el descansillo de la escalera. Una puerta a la derecha, que conduce a la cocina, y dos a la izquierda; la primera corresponde a la alcoba de Ventura y Justa, y la segunda al dormitorio de su hija Esperanza. Entre las dos puertas de la izquierda, un macetero con una planta artificial; y entre el balcón y la puerta de la cocina, una máquina de coser. En el centro de la escena, una mesa de comedor, cubierta por un tapete, y, sobre la mesa, un jarro de cristal, con agua, y un platillo de porcelana con un vaso. Sillas de madera y estera de cordelillo. Del techo pende una lámpara de luz eléctrica, de escaso valor. Todo en la casa ha de revelar humildad y pobreza, pero también limpieza y cuidado. Sobre el macetero, sobre el jarro de agua, sirviéndole de tapadera, y sobre las tablas del aparador se verán unos pañitos blancos. Es de día, por la mañana.

—

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. Dentro suena el timbre de la puerta del piso y no sale nadie. Hay una pausa. Vuelve a sonar el timbre de la puerta del piso y tampoco sale nadie. Hay otra pausa. Torna a sonar el timbre de la puerta del piso y ahora de un modo seguido y persistente. Por la derecha sale JUSTA,

llamando, a voces, desde dentro, a la criada. Es Justa una mujer de mediana edad, no mal parecida. Viste modestamente un trajecito oscuro y tiene puesto un delantal de crudillo.)

Justa. (Dentro.) ¡Peque! ¡Peque! (Apareciendo en escena.) ¡Peque!... ¡Este demonio de chica!... ¿Dónde se habrá metido? ¡Peque!...

(Por la primera puerta de la izquierda sale LA PEQUE, toda soliviantada. Es una muchacha de diez y siete abriles, recién llegada a Madrid de su pueblo. Viste un trajecillo de lana y lleva puesto un delantal de tela de saco, sucio y mugriento, que le arrastra.)

La Peque. ¿Señora?
Justa. ¿No oyes que llaman, mujer?
La Peque. Sí, señora.
Justa. Y ¿por qué no has abierto?
La Peque. Porque se me había figurao que lo que sonaba era el despertador del cuarto de su hija. (Y señala a la segunda puerta de la izquierda.)
Justa. ¡No estás tú mal despertador! ¡Anda y abre!
La Peque. Ya mismo.

(Justa se queda a la derecha y La Peque se dirige hacia el foro y abre el portón del piso. En el descansillo de la escalera aparece EL SEÑOR LORENZO, un hombre de cincuenta años, recio, buen tipo, moreno, de bigote entrecano y viva mirada. Lleva un traje claro, de mezclilla; sortijones en los dedos; gruesa cadena de reloj con un magnífico colgante; airosa capa de paño de Béjar con vueltas de terciopelo carmesí y sombrero flexible. Habla el madrileño castizo de la Plaza de la Cebada, en cuyo típico mercado ejerce sus funciones de asentador.)

El señor Lorenzo. Buenos días.
La Peque. (A Justa.) ¿Señora? Un caballero.
Justa. (Avanzando hasta el portón.) ¿Quién?
El señor Lorenzo. (Quitándose el sombrero.) Soy yo, señora Justa.
Justa. (Con alegría.) ¡Adelante, señor Lorenzo! Pase usté y cúbrase.
El señor Lorenzo. (Entrando.) Es comodidaz.
(La Peque cierra el portón y se queda en escena, deseosa de averiguar quién es el visitante.)

Justa. ¡Qué sorpresa tan agradable!... ¿A qué se debe esta visita?

El señor Lorenzo. No me la agradezca ustez, señora Justa; es que he estao abajo en la verdulería, a tratar con Camilo de un asunto y he tenido la inoportunidaz de llegar en el momento preciso de la venta, cuando el hombre no puede atenderme, en vista de lo cual le he dicho: mientras ustez despacha, yo voy arriba a saludar a mis compadres, que hace un siglo que no les veo.

Justa. ¡Y un siglo hace, sí, señor!

El señor Lorenzo. ¡Por eso he subido!

Justa. Lo que siento es que no estén en casa ni Esperancita ni Ventura.

El señor Lorenzo. ¿Que no están en casa?

Justa. No, señor.

El señor Lorenzo. Pues, ¿y eso?

Justa. Ahora le contaré. Siéntese usté, señor Lorenzo. (El señor Lorenzo se sienta a la izquierda, junto a la mesa y frente al público, mientras Justa se encara con La Peque.) ¿Qué esperas tú ahí? (La Peque no sabe qué contestar.) ¡Anda a lo que estabas haciendo, que no te gusta más que oler! (La Peque se va por la primera izquierda, sin decir palabra, corrida como una mona.) ¡Qué condenación de chica! (Y Justa pasa a sentarse cerca de la mesa, al lado contrario del que ocupa el señor Lorenzo.)

El señor Lorenzo. (Refiriéndose a La Peque.) ¿Es curiosa?

Justa. (Tomando el rábano por las hojas.) ¿Curiosa? Ya se habrá usté fijao cómo lleva el delantal puesto de hoy... ¡Es un pingo!

El señor Lorenzo. Pregunto que si es aficionada a husmear.

Justa. ¡Ah, eso, más que un policía! Recién llegada del pueblo que está... ¡Usté calcule! No tiene el diablo por donde desecharla. Ahora que, por treinta reales y con lo mal que está el servicio, tampoco vamos a pedir que sea una manicura. Nosotros, hasta el presente, como usté sabe, habíamos pasao sin criada, porque entre mi hija y yo hacíamos todo lo que había que hacer en el piso, pero desde que Esperanza se colocó en el almacén de sombreros de la calle Carretas... ¡Porque se ha colocao su ahijada, señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. ¡Cuánto me alegro!

Justa. Hace ya tres meses. Y le dan un buen sueldo, gracias a Dios.

El señor Lorenzo. Lo celebro en el alma.

Justa. Pues ella quiso que se tomara una chica para que me ayudase en las faenas de la casa y entró la Peque, que no tiene otra obligación que la de fregar el suelo, lavar los platos y abrir la puerta cuando alguien viene a vernos.

El señor Lorenzo. ¡Rediez! ¿Abrir la puerta? Pues me he llevao una hora tocando el timbre, señora Justa. ¿Es sorda la Peque?

Justa. Es... ¡de Colmenar de Oreja!

El señor Lorenzo. ¡Nadie lo diría!

Justa. ¡Mi palabra que sí! (Y se sonríe.)

El señor Lorenzo. (Después de una pequeña pausa.) Y el señor Ventura, ¿qué es de él?

Justa. ¡Pásmese usté, señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. ¿Qué sucede?

Justa. ¡También se ha colocao!

El señor Lorenzo. ¿Qué me dice ustez?

Justa. Mañana hará un mes que entró en la fábrica de harinas de la Ronda de Valencia, donde le pagan cincuenta duros por llevar los libros del despacho.

El señor Lorenzo. ¿Adónde?

Justa. (Fingiéndose enfadada.) ¡Por sacar las cuentas, señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. ¡Ah, ya! ¡Cincuenta duros! No está mal.

Justa. ¡Qué ha de estar mal! Lo que hace falta es que le dure.

El señor Lorenzo. Y ¿por qué no? ¡Principio quieren las cosas! ¡Que sea enhorabuena, señora Justa! No dirán ya los amigos que su marido de ustez tiene la negra.

Justa. Que le dure la colocación, señor Lorenzo, es lo que hay que pedirle a Dios; que hemos llevao una crujía en estos dos últimos años, desde que salió de la Contaduría del Centro, que para nosotros se queda. Porque es lo que pasa; cada vez se va cundiendo más por Madrid la fama de que es un sombrón y de que donde pone el pie no crece la semilla, y, naturalmente, cada vez le va siendo más difícil el encontrar trabajo.

El señor Lorenzo. Y... a propósito, señora Justa. Muchas veces he estao por preguntárselo. ¿De qué le viene esa fama al señor Ventura? Porque, francamente, que la tiene no se puede negar.

Justa. ¿De qué le ha de venir? De un mal nacido, que así permita Dios se vea como yo me sé. ¿Usté conoce a Bernardo Puente?

El señor Lorenzo. ¿Quién? ¿Un sevillano más cerrao que las Cortes, que unas veces corre con granos y otras con alhajas, al que le gusta el vino y es punto fuerte en juegos carteaos?...

Justa. No siga usté. ¡Su retrato! Pues ese tío es el causante de todo lo que le pasa a Ventura.

El señor Lorenzo. ¿Ese?

Justa. Como se lo digo a usté. Empezó tomándole hincha y no paró hasta convertirse en su verdugo.

El señor Lorenzo. Cuénteme ustez, comadre; eso tiene interés.

Justa. La cosa data de atrás. Mi marido, hace ya unos años, estaba colocao, como usté no ignora, en la Contaduría de la Zarzuela, y todas las noches, al acabar la función, se iba a pasar un rato con sus amigos a los altos del Café Colonial, donde también solía concurrir Bernardo Puente, que tenía allí su partida de última hora. Llevao del paisanaje con Bernardo, mi marido se sentaba, generalmente, a su lao a verle jugar, y por si le miraba o no le miraba las cartas y Bernardo Puente perdía, resultó que el paisano le tomó entre ojos, y cuando se quemó la Zarzuela, para vengarse, se permitió decir que la causa del fuego había sido el estar allí Ventura, que era un cenizo, capaz de atraer con su presencia las mayores calamidades. Unos creyeron el infundio y otros, no; pero como quiera que, años después, colocao mi esposo en la Comedia, también ardió el teatro, ya no hubo quien le quitara el sambenito al pobre.

El señor Lorenzo. ¡Camará y se explica! ¡Dos fuegos seguidos son muchos fuegos, señora Justa! ¡No seré yo el que encienda una cerilla al lao del compadre, por si acaso!

Justa. Desengáñese usté, señor Lorenzo, que lo mismo hubiera pasao sin estar él. Ahora, que le tocó la china y lo reventaron. La prueba es que bastó luego solamente que hubiese un corto circuito, sin pérdidas que lamentar, en el Teatro del Centro, donde había entrao a ocupar el cargo de Contador, para que lo pusieran en la calle.

El señor Lorenzo. ¡A ver! El gato escaldao...

Justa. Y a partir de entonces, no ha sucedido, cerca de nosotros, una desgracia que no se haya atribuído a su influencia. Se cayó una niña, por un descuido de su madre, desde un tercer piso, en la Plaza de Lavapiés, donde vivíamos, y mi marido tuvo la culpa. Nos subieron los alquileres de esta casa, como han subido los de todas las de Madrid, y, en otras partes, no sé qué habrán pensao de la subida, pero aquí, no ha habido quien les quite de la cabeza a los vecinos que el aumento del alquiler ha sido por causa de Ventura. Y de éstas y como éstas, un ciento podría contarle, pero, ¿a qué cansarle más? ¡Ya conoce usté el origen de la fama! En total, nada, si se va a ver: una futesa, una insignificancia, el amor propio ofendido de un jugador. Mentira parece. ¡Así son las cosas de la vida!

El señor Lorenzo. (Dándole ánimos.) ¡Pero, bueno, ya salió el sol! ¿Quién se acuerda, después, de lo pasao? Lo importante para ustez, hoy por hoy, es que el señor Ventura está colocao en una fábrica de harinas. ¡Después de eso, que digan lo que quieran! Y, ¿en qué fábrica es? ¿«Nuestra Señora de las Nieves», quizás?

Justa. La misma.

El señor Lorenzo. (Como si le asaltara, de pronto, una idea.) Oiga ustez, comadre, ¿es que yo lo he soñao o que lo he leído en alguna parte? ¿No están en huelga los trabajadores de «Nuestra Señora de las Nieves»?

Justa. (Después de lanzar un hondo suspiro.) ¡Desde el día siguiente de entrar mi marido!

El señor Lorenzo. (Echándose atrás.) ¡Arrea!

Justa. (Con pena resignada.) ¡Su perra suerte, sí, señor!

El señor Lorenzo. ¡El sino de ese hombre que, por lo visto, le acompaña a todas partes! Sería el colmo que... ¿Irán a tener razón los amigos, señora Justa?

Justa. (Con miedo de que acierte.) ¡No lo diga usté, por Dios, señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. ¡Rediez, es que, aunque uno no quiera creer en ciertas cosas, ante la evidencia hay que rendirse!

Justa. (Suplicante.) Vamos a mudar la conversación, si le parece.

El señor Lorenzo. Mejor será, sí, señora; porque, sin querer, hasta uno mismo se contagia. ¡Cristo con el señor Ventura! (Transición.) Y Esperancita, ¿qué?

Justa. Pues trabajando, ya le he dicho... No debe

tardar. A la una sale del taller y vuelve a las cuatro.

El señor Lorenzo. ¿Sigue sin novio?

Justa. No, señor; que ya ha encontrao su pareja.

El señor Lorenzo. ¡Ah! ¿Sí?

Justa. Le habla a Salustiano, el hijo de Camilo, el de la verdulería de abajo.

El señor Lorenzo. ¡Excelente chico!

Justa. Usté le conocerá.

El señor Lorenzo. ¡Vaya! Linotipista de los buenos, de los que cobran diez o quince pesetas; guapo él, bien plantao... ¡Un partido, comadre! No ha elegido mal la pitusa.

Justa. Ella está la mar de entusiasmada, y él lo mismo, por supuesto. Dicen de casarse el verano que viene... ¡Qué sé yo! Dios sobre todo.

(Por la primera izquierda sale LA PEQUE.)

La Peque ¿Señora?

Justa. ¿Qué te ocurre?

La Peque. Que ya he arreglao su cuarto.

Justa. Pues vete a la cocina y dale unas vueltas al cocido.

El señor Lorenzo. Si he venido a estorbar, señora Justa, y a quitarla a ustez de sus ocupaciones...

Justa. ¡Por Dios! ¿Quiere usté callar? (La Peque se encamina hacia la derecha, cuando dentro suena el timbre de la puerta del piso.) ¡Abre, Peque! (Al señor Lorenzo.) ¡A ver si es Esperanza!... Por más que ella suele llamar de otra manera.

(La Peque abre el portón, y Justa y el señor Lorenzo se vuelven hacia el foro, sin levantarse de sus asientos, para ver quien llega. En el descansillo de la escalera aparece CAMILO, un hombre de cuarenta y cinco a cincuenta años, de rostro completamente rasurado y ojillos de ratón. Está en mangas de camisa y lleva puestos un pantalón de pana, chaleco, un delantal, con peto, de paño verde a listas negras y una gorra a cuadros, que se quita al entrar en escena.)

Camilo. (Desde el umbral.) ¿Se puede pasar?

El señor Lorenzo. (Levantándose, al verlo.) ¡Amigo Camilo!... Pero, ¿por qué se ha molestao ustez en subir?

(La Peque deja abierto el portón y se va por la derecha.)

Camilo. Molestia, ninguna, señor Lorenzo. ¡No faltaba más! (Dándole la mano a Justa.) ¿Qué tal, consuegra?

Justa. Nunca tan bien como usté, pero vamos viviendo, vecino

Camilo. ¿Y el señor «Manzanillo», que hace una semana que no le echo la vista encima?

El señor Lorenzo. ¿Quién?

Justa. Mi marido: Ventura.

El señor Lorenzo. (Riéndose.) Y ¿le llama «Manzallo»?

Camilo. ¡Usté verá! ¡Decirle Ventura a un gachó con la sombra de ese, es un sarcasmo!

El señor Lorenzo. (Echándole a Camilo el brazo por encima.) ¡Este Camilo!...

Camilo. Estoy a sus órdenes, señor Lorenzo.

El señor Lorenzo. Y yo a las de ustez. ¿Bajamos a la tienda?

Camilo. La tienda acabo de cerrarla en este instante, porque ha dao la una y mi establecimiento lo llevo montao a la dernier, pero podemos pasar a mi piso, si usté quiere, que está aquí al lao.

El señor Lorenzo. ¿Para qué? Después de todo, lo que vamos a hablar no es ningún secreto. Se trata únicamente de azvertirle a ustez que en el muelle de pequeña de la estación del Mediodía tengo apartaos tres vagones de patatas.

Camilo. (Con cara de asombro.) ¿Ha oído usté, señora Justa? ¡Tres vagones de patatas!

Justa. ¡Ya, ya!

Camilo. Que en estos tiempos es como decir tres vagones de piedras preciosas. No hay ná como ser asentador del Mercao de la Cebada. ¡Se va usté a hacer de oro, señor Lorenzo! Bueno, supongo que de esa partida me reservará usté aunque no sean más que doscientos quilos.

El señor Lorenzo. ¡Sí, precisamente, para eso he venido a verle!

Camilo. (Dándole la mano.) Gracias, señor Lorenzo. ¡Es usté un amigo!

El señor Lorenzo. Y no ya doscientos; trescientos, quinientos, los que ustez quiera.

Camilo. ¿Viene muy caro el artículo?

El señor Lorenzo. Carillo viene, pero, así y todo, creo yo que se podrá ganar un noventa por ciento en la

venta al detall, aún dando la mercancía al precio de tasa.

Camilo. No es mucho.

Justa. ¿Que no es mucho?

Camilo. No, señora. Pa lo que hoy se estila... (Al señor Lorenzo.) ¡Pero no está mal! Me quedo con quinientos ¿eh? ¡Cerrao el trato!

Justa. ¡Hay que ver! ¡Ganarse un noventa por ciento y parecerles poco todavía!

Camilo. Más se ganan los boticarios, consuegra.

Justa. ¡Así se están ustedes hinchando!

El señor Lorenzo. Es que la patata engorda mucho, comadre. (Se ríe.)

Justa. ¡Échelo usté a chufla!

(Por la puerta del piso irrumpen en escena, alegremente, ESPERANZA y SALUSTIANO. Ella es una muchacha de veinte años, de bonita figura, rostro agraciado y airoso andar, que va peinada y calzada con ese gusto especial de las mujeres madrileñas; cubre su cuerpo un abriguito de paño, con cuello y bocamangas de piel y se toca con un velito Y él es un joven de veinticinco primaveras, muy pagado de su persona; viste un trajecito claro y capa española, calza botas de caña y lleva un sombrero flexible.)

Esperanza. ¡Hola!

Salustiano. Buenas tardes.

Justa. ¡Esperanza!

Salustiano. (A Camilo.) ¡Padre! ¿Qué hace usté aquí?

Esperanza. (Al señor Lorenzo.) ¡Padrino!... ¿Usté en mi casa? ¡Qué alegría tan grande! (Lo abraza.)

El señor Lorenzo. ¡Hola, pitusilla! ¡Dios te guarde, Salus!

Salustiano. (Dándole la mano al señor Lorenzo.) ¡Pa servirle, señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. (Teniendo a Esperanza a su izquierda y a Salustiano a su derecha.) ¡Y que sea para bien, que ya me he enterao de vuestro noviazgo!

Salustiano. (Refiriéndose a Esperanza.) ¿Es mala pareja?

Esperanza. (Refiriéndose a Salustiano.) ¿Hay algo que decir del pollo?

Salustiano. ¡Se puede mirar!

Esperanza. ¡Creo que hay figura!

Salustiano. ¡Una pochez, señor Lorenzo!

Esperanza. ¡Una tontería de hombre, padrino!

Salustiano. Pinturerita...
Esperanza. Garboso...
Salustiano. Marchosita...
Esperanza. Con presencia...
Salustiano. ¡Un día me la roban!
Esperanza. ¡El mejor día me lo rifan!
Salustiano (A Esperanza, en un rapto de pasión.) ¡Ay, negrales!
Esperanza. ¡Chiquillo!
Salustiano. ¡Y ole!
Esperanza. ¡Y ele!

(Y olvidados de que hay gente delante, se cogen las manos, se quedan mirándose embobados y luego se echan a reír.)

Camilo. (Al señor Lorenzo.) ¿Qué le parece a usté?
Justa. (También al señor Lorenzo.) ¿Usté ve ésto?
Camilo. (A Justa.) ¡Bueno, están los dos como pa tomar el tranvía de Leganés!
El señor Lorenzo. ¡Pollos, que el Directorio ha prohibido las expansiones! ¡Cuidao con lo que se hace!
Esperanza. ¡No hay cuidao, padrino!
Salustiano. ¡Viva usté confiao!

(Y siguen su charla amorosa, retirándose junto al balcón. Esperanza se quita el abrigo y el velo, que deja sobre una silla. Por la puerta del foro entra VENTURA, un hombre de unos cincuenta años, con cara de santo, en la que se refleja la bondad de su alma. Llega visiblemente preocupado, pero, al encontrarse su casa invadida por gente extraña, desarruga el entrecejo y procura sonreírse, con una sonrisa triste, que es más bien una mueca de dolor. Viste un traje de lanilla, bastante usado; un gabancito oscuro y lleva un hongo prehistórico. Habla con dulzura.)

Justa. (Al ver entrar a su marido.) ¡Ventura!
Esperanza. (A Salustiano, que vuelve la cara para saber quién ha entrado.) Mi padre.
Camilo. ¡Aquí está «Manzanillo»!
El señor Lorenzo. ¡Vamos, al fin no me marcho sin tener el gusto de ver reunida a la familia!
Ventura. ¡Qué concurrida mi casa! ¡Tanto honor para mí!...
El señor Lorenzo. (Abriéndole sus brazos.) ¡Señor Ventura!
Ventura. ¡Señor Lorenzo!
El señor Lorenzo. ¡Venga un abrazo fuerte y aprie-

te ustez con ganas, aunque no sea más que por haber desechao la gusanera. Ya me han dicho que se ha colocao ustez. ¡Mi más cumplida, señor Ventura! (A Ventura le vuelve a nublar el rostro la misma preocupación que traía al llegar.) ¡Venga ese abrazo!

Ventura. (Haciendo un esfuerzo sobre su voluntad.) Por mí, que no quede. (Se abrazan.)

Camilo. ¡Y que ya era hora, además, —¿eh?—que se ha pasao aquí el amigo una temporada más descansao que una cornucopia!

Ventura. Y, ¿ha sido por mi gusto, quizás?

Camilo. ¡Ha sido porque está usté borrao del mapa, señor Ventura!

Justa. No se meta usté con él, Camilo.

Camilo. ¿No me he de meter, señora, si por causa de este hombre he quebrao yo en el único negocio de este mundo que no tié pierde?

Justa. ¡Ya salió aquello!

El señor Lorenzo. ¿Cómo es eso? ¡A ver! Cuente usté, Camilo.

Camilo. ¿Usté cree que tié pierde un puesto de pedir limosna?

El señor Lorenzo. ¡Hombre, no!

Camilo. Pues yo he intentao poner ese negocio, a medias aquí con don Sarcófago, él de socio industrial y yo de capitalista, y me ha costao los cuartos.

El señor Lorenzo. Como no se explique ustez...

Ventura. Muy sencillo, señor Lorenzo. Se lo diré yo, para que usté se haga cargo. Y usté, que me conoce y que sabe que soy una persona decente y un hombre honrao a carta cabal, me dará la razón después.

Camilo. Pero, ¿qué va a darle la razón?

Ventura. ¡Déjeme usté hablar! El hecho es que el amigo Camilo, viéndome desesperao y sin encontrar un sitio donde meter la cabeza, me propuso un día, con la mejor intención y lleno de buen deseo—¡Dios se lo pague!—que pidiera limosna.

El señor Lorenzo. ¿Eh?

Camilo. ¡Que pidiera limosna, sí, señor; pero disfrazao de forma que no le diera reparo, ya que nadie había de conocerle; a partir ganancias y con tós los gastos de mi cuenta! Al principio no quiso aceptar, pero, después, se vino a buenas.

Ventura. ¡Llevábamos tres días sin comer!...

El señor Lorenzo. ¡Pobre señor Ventura!

Camilo. Le compré una barba postiza en doce pesetas que, mire usté, señor Lorenzo, ver la barba na más y echarse uno mano al bolsillo pa sacar diez céntimos, era la misma cosa; le proporcioné un catrecillo que tenía mi difunta pa ir a la iglesia, unas gafas negras, un bastón de cayada, le mandé pintar un cartelito con la siguiente inscripción a dos tintas: «ciego por un barreno» y lo senté en la Plaza de Antón Martín, junto a la Farmacia del Globo; total, tres pasos de su casa, que de Antón Martín a la calle de los Tres Peces hay ochenta metros, como usté sabe. ¡Y a esperar al transeunte caritativo! Pues la cosa empezó que no se podía pedir más. Los cuatro primeros días vinimos a partir a razón de unas siete pesetas.

El señor Lorenzo. ¿Por barba?

Camilo. ¡Por cabeza! Si es por barba se lo tié que llevar todo el amigo.

El señor Lorenzo. ¡Bonita renta!

Camilo. ¡Señor, el negocio de España! ¡Si no hay ná que dé tanto! Pero llega el quinto día, y... ¡Ni acordarme quiero! Cuéntele usté lo que le pasó, señor Ventura.

Ventura. Nada; una desgracia, señor Lorenzo; una desgracia, hija de la falta de costumbre y de mi natural honrao. Pasaron por delante de mí una señora y una pollita, que debían de ser madre e hija, por lo que pude notar, y oí perfectamente que la madre le dijo a la chica: «Fulanita, échale una perra al ciego». La chica abrió su bolso y, sin fijarse, me echó en el platillo una moneda de dos pesetas.

Camilo. ¡Otro se achanta!

Ventura. (Con dignidad.) ¡Yo, no!

Camilo. ¡Ya lo notamos!

Ventura. Yo ví que la muchacha se había equivocao y que luego podía costarle un disgusto la equivocación, y la llamé: «oiga, joven, que su mamá le ha dicho que me de una perra y usté me ha dao dos pesetas».

Camilo. ¡Esa pequeñez! ¡Con un cartel al pecho, con letras de cuarenta centímetros, pregonando la ceguera por un barreno! ¡Pa estrellarlo, vamos!

Ventura. Eso fué lo malo: el letrerito.

Camilo. ¡A ver!

Ventura. Se armó...

El señor Lorenzo. Me lo imagino.

Camilo. Se armó que, no le digo a usté más sino que llegaron los guardias y se lo llevaron a la Comisaría y luego a la cárcel y, por buenas componendas, me costó a mí cuarenta duros el que lo pusieran en la calle. ¡Ná más que eso!

Justa. Todo por no ser un granuja.

Ventura. Por no quedarme con lo que no era mío.

Camilo. ¡Tó por ser un primo alumbrao, qué jinojo! ¿A qué ponerle motes a las cosas? (Al señor Lorenzo.) Conque dígame usté si tiene o no tiene la negra el caballero... ¡Ni pa pedir limosna! En fin, anda tú, Salus, que el coci nos espera.

El señor Lorenzo. Yo también me marcho. (A Esperanza.) ¡Adiós, pitusa!

Esperanza. ¿Se va usté ya? ¡Muchas cosas a la madrina!

El señor Lorenzo. De tu parte. (Dándole la mano a Justa.) Señora Justa...

Justa. Usté lo pase bien, señor Lorenzo. Y mil gracias por su visita.

El señor Lorenzo. Ya vendré otro día con Encarna.

Justa. Cuando usté guste.

El señor Lorenzo. ¡Señor Ventura, a ver si ya hemos acabao de rodar y nos hacemos viejo en esa fábrica de harinas! Repito la enhorabuena.

(Ventura ha vuelto a sumirse en sus cavilaciones y no contesta al señor Lorenzo.)

Justa Da la gracias, hombre.

Ventura. (Maquinalmente.) Gracias, gracias.

Justa. Estás como atontao.

Ventura. (Con forzada sonrisa.) Tienes razón. No le había oído. Gracias, señor Lorenzo.

El señor Lorenzo. ¡A más ver!

Salustiano. (A Esperanza.) ¡Hasta luego, chiquilla!

Esperanza. ¡Hasta luego, Salus!

Camilo. (Despidiéndose.) ¡Salud que no falte!

Salustiano. Buenas tardes.

Justa. ¡Vayan ustedes con Dios!

Esperanza ¡Adiós, padrino!

(Salen por el foro el señor Lorenzo, Camilo y Salustiano. Justa cierra el portón y Ventura se sienta en la silla que ocupó el señor Loreuzo, entregándose nuevamente a sus lúgubres pensamientos.)

Justa. Tú, niña, ve poniendo la mesa, mientras yo voy a la cocina.

(Vase Justa por la derecha. Esperanza saca del aparador mantel, platos y cubiertos y dispone la mesa para comer.)

Esperanza. ¡Qué día hace! ¡Hay que ver! Ni una nube. Y hasta calor se siente. Este otoño de Madrid vale un imperio. Ahora no te quejarás del tiempo, papá; que llevamos una temporadita... (Fijándose en Ventura, que permanece abstraído.) Pero, ¿qué te pasa? ¿Cómo sigues con el abrigo puesto? ¿Es posible que sientas frío? (Aguarda la respuesta, pero como Ventura no le contesta le llama la atención alzando la voz.) ¡Papá!

Ventura. (Saliendo de su ensimismamiento.) ¿Eh?

Esperanza. ¡Que te estoy hablando!

Ventura. No estaba en ello. Perdona. ¿Qué decías?

Esperanza. ¿Te pasa algo? Estás preocupao. ¿Qué tienes?

Ventura. Nada, hija. ¿Qué he de tener? ¡Nada!

Esperanza. ¿Has visto qué día nos ha mandaó Dios?

Ventura. ¡Hermoso!

Esperanza. De primavera parece, ¿verdad? Yo no sé cómo serán los de Sevilla, que tú tanto ponderas, pero mejores que este de hoy en Madrid, imposible. ¿Cuándo me vas a llevar a Sevilla para que conozca tu tierra? ¿Este año que viene, por la Semana Santa?

Ventura. Dios dirá.

Esperanza. Ahora ya no tienes pretextos para negarte. Estás colocao, ganas un buen sueldo y bien puedes ahorrar unas pesetillas para darle ese gusto a tu hijita ¿Lo harás?

Ventura. (Después de lanzar un hondo suspiro.) ¡Allá veremos, hija; allá veremos! ¡Dios dirá!

(Por la derecha sale JUSTA.)

Justa. Cuando queráis que comamos, el cocido está a punto. (Dirigiéndose a Ventura, que se ha vuelto a quedar pensativo y cabizbajo.) Pero, por María Santísima, Ventura, ¿no te fríes con ese abrigo? ¡Hijo, por Dios!

Esperanza. (A Justa, en tono confidencial.) Lo mismo le he dicho yo, pero no me ha hecho caso. Algo le ocurre a papá. ¿Tú no lo ves? Está triste, caviloso... Se le habla y no atiende.

Justa. (Acercándose, anhelosa, a su marido.) ¡Ventura!

Ventura. (Tornando a salir de su abstracción.) ¿Eh?

Justa. ¿Estás malo? ¡Mírame! ¿Qué te sucede?

Ventura. (Tratando de disimular.) Nada.

Justa. ¡No me mientas!

Ventura. ¡Nada, mujer!

Justa. No trates de engañarme. Tú no sabes fingir y te sale a la cara la mentira. ¿Qué te preocupa? ¿Has tenido algún disgusto? Habla. ¡Dí! ¿Qué te ha pasao?

Ventura. (Con profundo desaliento y ahogando las lágrimas.) ¡Que me han despedido de la fábrica!

Justa. ¿Eh?

Esperanza. ¿Qué?

Ventura. ¡Que me han despedido, que me han echao a la calle!... ¡Otra vez!

Justa. ¡Virgen mía!

Esperanza. Pero, ¿cómo es posible?

Justa. Cuenta.

Esperanza. ¿Por qué te han despedido?

Justa. ¿Qué motivos has dao? ¿Ha habido algún conato de incendio?

Ventura. ¡Ese hombre que es mi castigo y mi condenación!...

Justa. ¿Bernardo Puente?

Ventura. Si, Justa, sí. ¡Bernardo Puente! ¡Juzga de mi impresión al verlo aparecer esta mañana en la oficina!... Se me abrieron las carnes. Con los trabajadores en huelga desde el día siguiente de mi entrada y aquel hombre allí, pues pensé para mis adentros: ¡ya estoy en el arroyo! Y, en efecto, al poco rato de marcharse Bernardo, el director me llamó a su despacho y me dijo: «Amigo don Ventura, sintiéndolo mucho, la sociedad tiene que hacer economías y se ve forzada a prescindir de sus servicios.» Me estrechó la mano y me volvió la espalda. Y aquí me tenéis, de nuevo, vencido, inerme, falto de fuerzas para seguir luchando contra este enemigo de la superstición, cien veces peor y más terrible que la muerte misma.

(Y Ventura queda con la vista fija en el suelo, en actitud dolorosa. Las mujeres reflejan en su rostro la penosa impresión que sufren. Hay una pausa.)

Justa. (Con ira reconcentrada.) ¡Mal fin tenga su casta!... ¡El día que yo coja a ese Puente le voy a abrir seis ojos con una lezna!

Esperanza. (Acariciando a su padre.) Pero tú no te apures, no te aflijas. ¡Ya encontrarás sitio donde colocar-

te, y si no lo encuentras, no te importe tampoco, que, gracias a Dios, tu hija gana lo suficiente para que vivamos todos!

Ventura. (Abrazando a Esperanza.) ¡Hija de mi alma!

Justa. Y ¿no te han pagao?

Ventura. Sí me han pagao, sí. (Saca de un bolsillo de su americana un billete de cien pesetas y otro de cincuenta, y los deja sobre la mesa.) Toma. Ahí tienes.

Justa. (Con los billetes en la mano.) Aquí, ¿qué me das?

Ventura. Treinta duros.

Justa. ¿Treinta duros? Oye, pero es que por un día que falta para cumplir el mes, ¿han tenido valor de descontarte cien pesetas?

Ventura. No, mujer; que me han pagao el mes completo. ¡Eso tengo que agradecerle al director!

Justa. ¿Entonces?

Ventura. Verás. Te vas a reír. Es que... ¡No sé cómo decírtelo! Es que, viniendo ya hacia aquí, al pasar por la administración de Loterías de la Glorieta de Atocha, me llamó la atención, no sé por qué, un número que había colgao en el escaparate: ¡el trece mil pelao!

Justa. ¡Vamos! Y, ¿has tenido valor?...

Ventura. ¡Déjame acabar! Mi primera intención fué entrar a comprarlo, pero luego me arrepentí. No estoy yo en condiciones, pensé, de gastarme dinero en lotería, y menos ahora, después de haberme quedao cesante.

Justa. ¡Pues es claro!

Ventura. Y seguí mi rumbo, calle de Atocha arriba. Pero, de pronto, volvió a clavárseme en los sesos el dichoso numerito. ¡Trece mil! Número fatídico, número de mala sombra, como la mía... ¡Quién sabe si me traerá la felicidad! Y lo ví premiao con el premio mayor y ante mis ojos empezaron a saltar los duros sobre los billetes y las pesetas sobre los duros, y se me figuró que toda aquella fortuna era mía, nuestra; pan para vosotras y tranquilidad para mí; vestidos de ésta y zapatos tuyos, y...

Justa. ¡Acaba, por tu madre, Ventura, que me tienes en vilo!

Ventura. Total, que volví sobre mis pasos y entré en la Administración, pensando que, después de todo, tres pesetillas no iban a ninguna parte, y que quién sabía si aquellas tres pesetas podían ser nuestra salvación. Sin pararme a reflexionar más, le pedí a la lotera el

décimo que tenía expuesto en el escaparate. «Es el último, señor — me dijo la mujer—; en cuanto que lo venda, cierro el establecimiento.» Me lo entregó, me lo guardé en el bolsillo y le dí un billete de cien pesetas para que se cobrara. «Está bien— me dijo.»—¿Cómo? —«¡Que está bien! El sorteo es de Navidad y son a cien pesetas el vigésimo.» Mira; a punto estuve de desmayarme.

Justa. ¡Lo creo!

Ventura. Ella debió notar mi turbación, porque se apresuró a decirme: -«Ahora, que si no pensaba usté gastarse ese dinero, con devolverme el número...»—La cara se me encendió de vergüenza. Tú ya conoces mi natural, tímido y apocao; tú ya sabes mi carácter, que voy a una tienda a comprar cualquier cosa y, aunque no me guste, me la llevo, por no desagradar al dependiente. Me dió rubor pasar a los ojos de aquella mujer por un pelagatos y, sin saber lo que hacía, dejé sobre el mostrador las cien pesetas y salí de la Administración, todo corrido, acompañado por una voz que me decía:— «¡Salud para cobrarlo!»—Y ahí tienes explicao por qué no te doy más que esos treinta duros de mi paga: porque el resto lo he empleao en comprar un vigésimo de Navidad para mí solito.

Justa. ¡Virgen de la Paloma!

Ventura. Es una barbaridad, lo reconozco. Insúltame, grítame, pégame, si quieres. ¡Razón te sobrará para todo! ¡Qué le voy a hacer! ¡Yo soy así!

Justa. Pero, bueno; ¿tú estás loco? ¡Tú no estás en tu juicio, Ventura! ¿Cómo vamos a tirar nosotros cien pesetas en lotería?

Ventura. ¿Y si toca?

Justa. ¡Déjate de historias! ¡Ahora mismo vas y devuelves el décimo!

Ventura. ¡Pero, mujer!

Justa. ¡Ahora mismo!

Ventura. ¡Hacerme pasar por ese bochorno!...

Justa. ¡No haberlo comprao!

Esperanza. Y, ¿por qué no darlo en participaciones?

Justa. ¿El qué?...

Ventura. Dice bien la niña; darlo en participaciones.

Esperanza. Para ti es igual, y a papá le evita el sonrojo de devolver el décimo.

Ventura. ¡Naturalmente! Y hasta podemos ganarnos

algún dinero, además. Cobrando a perra gorda por peseta, como es costumbre, pues son cien perras gordas, que hacen dos duros, que hacen... ¡Que hacen mucha falta, Justa! ¡Has tenido un lleno, Esperancita!

Justa. Bien está. Como queráis. Recuperando yo los veinte pavos...

Esperanza. Entre los mismos vecinos de la casa se puede repartir. ¡Que baje la Peque a preguntar al carnicero y al señor Ambrosio, mientras yo me llego aquí, al piso de Camilo. (Asomándose a la puerta de la derecha.) ¡Peque!

(Por la derecha sale LA PEQUE.)

La Peque. ¿Señorita?

Esperanza. Baja y diles al señor Ambrosio y al señor Nicolás que si quieren jugar a la lotería de Pascua con mi padre, que ha comprao un décimo. ¡El trece mil pelao! ¡Y ya mismo estás aquí!

La Peque. ¡Ya mismo!

Esperanza. Que cuánto quieren jugar para hacerles los recibos. ¿Te has enterao bien?

La Peque. Sí, señora.

Esperanza. ¡Pues corre!

(La Peque abre el portón y, en el descansillo de la escalera, aparece, fatigadísima, GERTRUDIS, hermana de Justa, mujer de unos cuarenta años, guapa y bien conservada. Viste con lujo llamativo, dentro de lo popular. Lleva mantón alfombrado y un lío de ropa, envuelto en un pañuelo de hierbas.)

La Peque. (A Justa.) ¿Señora? ¡Su hermana! (Sale por el foro.)

Esperanza. ¡Hola, tía! Pase usté. Ahora vuelvo, que voy aquí al lao. (Sale también por el foro y Gertrudis entra en escena, dejando entornando el portón del piso.)

Gertrudis. ¡Qué escaleritas, hija! Llega una con el corazón en la boca. ¡Y lo limpias que están!... A poco si me estrello por resbalar en una hojita de lechuga..

Justa. La verdad que es un asco como tienen la casa.

Gertrudis. ¡Ya podíais decirle algo a la portera, ya!

Justa. ¡Para el caso que hace!...

Gertrudis. (Besando a su hermana.) ¿Cómo estás?

Justa. Bien; ¿y tú?

Gertrudis. ¡Ahogándome! ¿No me ves?

Justa. Siéntate y descansa.

Gertrudis. (Sentándose.) ¡Adiós, Ventura!

Ventura. ¡Dios te guarde, Gertrudis!

Justa. ¿Y tu marido? ¿Y tus hijos?

Gertrudis. Todos buenos, gracias a Dios.

Justa. ¡Qué milagro verte por aquí!

Gertrudis. Chica, pues que he venido ahí, a Santa Isabel, que me había mandao llamar la marquesa pa darme dos trajes a vender, y estando tan cerca se me hacía cargo de conciencia no subir a saludaros.

Justa. ¡Naturalmente!

Gertrudis. Eso no, Justa; que yo debía hacer lo que vosotros. ¡Descastaos! ¡Hay que ver! ¡Llevar ya ocho meses viviendo en la Plaza de la Alegría y ser esta la hora en que ninguno de la familia os habéis dignao poner el pie en mi casa!

Justa. Descuida, que iremos; unos antes y otros después. ¡No faltará ninguno! Casualmente te has ido a mudar a un sitio que el que quiera, como el que no, tiene que hacerte una visita.

Gertrudis. ¿Cuando se muera?

Justa. ¡A ver! ¿No paran allí los entierros? ¡Pues ya te avisaré yo con tiempo para que salgas a recibir el mío! (Llamándole la atención a su marido que ha vuelto a sumirse en sus cavilaciones.) ¡Ventura! (Ventura levanta la cabeza.) ¡Vamos, hombre! ¡Pon otra cara, que hay visita! (Por el foro entra LA PEQUE, y Justa se dirige a ella preguntándole con interés.) ¿Qué te han dicho, Peque?

La Peque. Que lo sienten mucho, pero que ya llevan jugao y no quieren perder más dinero.

Justa. ¿Los dos te han dicho lo mismo?

La Peque. Sí, señora. (Se va por la derecha.)

Justa. ¿Tú lo oyes, Ventura?

Ventura. ¡A ver Esperanza, qué noticias trae!

Justa. Las mismas, sobre poco más o menos. ¡No te hagas ilusiones! (Por el foro entra ESPERANZA, y Justa la interroga con un leve dejo de ironía.) ¿Qué? ¿Con cuánto se queda tu futura familia?

Esperanza. (Tristemente.) Con nada.

Justa. (A su marido.) ¿Eh?

Esperanza. No quieren jugar.

Justa. ¡Esa ya me la tenía yo tragada!

Esperanza. Dice Camilo—en broma, por supuesto, claro está, como él habla siempre—, que a la lotería se juega con la ilusión de que toque, pero que, a sabiendas de que se va a perder es una primada.

Ventura. ¿Y ya sabe él que se va a perder?

Justa. (Mirando a su marido con lástima.) (¡Infeliz!...)

Esperanza. (Queriéndole ocultar la verdad a su padre.) No; pero, vamos...

Justa. (A Ventura.) ¡Señor, que no quiere jugar contigo! ¿Más claro?...

Esperanza. ¡Eso! Que dice que buena gana de tirar unas pesetas; que ni regaladas admite las participaciones, porque, jugando con papá, es seguro que no toca ni el reintegro.

Justa. ¡La eterna! ¡Y lo mismo que Camilo habrán pensao, seguramente, el carnicero y el pescadero, sino que no han tenido la franqueza de confesarlo.

Esperanza. ¿Tampoco han querido jugar?

Justa. Tampoco, hija. ¡Y se comprende! ¡Hay que conocer a la gente! A su modo tienen un fundamento. Un hombre, como tu padre, que va al mar por agua y se ha secao... (Cambiando de tono.) ¡Anda, Ventura, anda y devuelve el décimo, antes de que sea más tarde!

Ventura. (Resistiéndose a cumplir el mandato de Justa y poniendo un gesto que, de puro trágico, resulta cómico.) ¡Pero, mujer!...

Justa. ¡Vamos!

Ventura. Si la lotera me dijo que iba a cerrar el establecimiento.

Justa. Pues te enteras donde vive y se lo devuelves en su casa. ¡Vamos, Ventura! ¡Que no tenga yo que enfadarme! ¡Anda ya!

Ventura. Tu marido, ¿no querría jugar con nosotros, Gertrudis?

Gertrudis. ¿Lotería? Un billete entero compró hace un mes pa distribuirlo entre los clientes del Bar, y todavía creo que le quedan ochenta duros por repartir. Si no con mucho gusto...

Justa. No te canses más. El camino derecho es el que yo te he indicao. ¡Anda, Ventura; anda, hombre, que mientras más te retrases, más tarde comeremos! ¡Vete ya!

Ventura. (Levantándose con pereza.) ¡Todo sea por Dios! ¡Con lo bonito que era el número!... ¡13.000! ¡Mira que si luego saliese premiao!...

Justa. ¿Qué se le iba a hacer? ¡No estaría para nosotros! ¡Alivia!

Ventura. (Llevando los ojos al cielo.) ¡Señor! ¡Hasta en esto!...

Justa. ¡Que no te entretengas mucho, que te estamos esperando para comer!

Ventura. ¡Ya lo sé, Justa, ya lo sé! ¡Adiós, Gertrudis!...

Gertrudis. ¡Anda con Dios, hombre!

(Sale Ventura por el foro.)

Esperanza. Va como si lo mandaran a la horca.

Justa. ¡Calcula!

Esperanza. Y ahora falta que quieran admitírselo.

Justa. ¡Ah, es que si no se lo admiten voy yo y entonces es cuando la lotera cierra el establecimiento, pero va a ser por defunción!

Gertrudis. ¿De qué se trata?

Justa. De que este hombre, que es más infeliz que un concejal de los nuevos, encima de que lo han echao de la fábrica esta mañana, tiene el valor de presentárseme diciendo que se ha gastao veinte duros en lotería. Excuso decirte...

Gertrudis. Pero, ¿lo han echao de la fábrica?

Justa. Esta mañana.

Gertrudis. La tié negra el pobre Ventura.

Justa. ¡De luto riguroso!

Gertrudis. Mi marido, en cambio...

Justa. Tu marido ha nacido de pie.

Gertrudis. Por lo menos goza de una suerte que asusta. No mete mano en un asunto, que no le salga bien. ¡Ya ves lo del Bar en la Plaza de la Alegría, que todo el mundo decía que era una locura!... Lo tomó en traspaso por cuatro cuartos y medio, por doscientas pesetas, cuando lo que había allí, tirao, tirao, valía más de dos mil... Pues, hija, aquello, que fué la ruina del que lo traspasó, lo ha convertido Anselmo en una mina de oro. Tuvo la suerte, eso sí, de que, en la misma puerta del Bar. abriesen una boca del «Metro» de las Ventas, y no quieras saber el negocio que está haciendo. Allí, los de los pozos; allí, los encargaos de los camiones; allí, los listeros. En fin, hasta los funerarios, que antes no bebían más que agua del Berro, de la que ofrecen las vendedoras ambulantes, ahora se bajan de los coches y van a tomarse una copita al Tupi. Días

hay en que vende cincuenta duros; diez más de los que dió por el traspaso. ¡Un negocio, chica; lo que se dice un negocio!

Justa. Pues si lo toma Ventura, ten por seguro que esa misma boca del «Metro» que a vosotros os sirve para comer, a nosotros nos hubiese tragao. ¡Cuestión de suerte! ¡Todo en la vida es cuestión de suerte! ¡Y me voy a quitar el cocido de la lumbre, no se vayan a pegar los garbanzos! (Vase por la derecha.)

Gertrudis. Y tú, ¿qué te cuentas, Esperancita?

Esperanza. Pues ya ve usté, tía; poca cosa. Que en esta casa no podemos tener ni siquiera un mes de tranquilidad. Cuando parecía que todo iba entrando en su cauce, despiden a papá de la fábrica.

Gertrudis. ¡Sí que es pata! Y tus relaciones con Salus, ¿cómo van?

Esperanza. Bien.

Gertrudis. Supongo que no habrás olvidao mis consejos. ¡Ojo con el pollo, que es de cuidao, sobrina!

Esperanza. ¡Que usté la ha tomao con él, tía; porque más bueno no se da!

Gertrudis. No te fíes mucho, por si acaso, que ese niño bonito, a lo mejor te deja plantada.

Esperanza. ¿Salus dejarme a mí plantada? ¡Se ve que usté no le conoce! ¡Pues me quiere poco mi novio! (Pequeña pausa. Esperanza curiosea, con la vista, el lío que traía Gertrudis y que dejó sobre una silla.) ¿Qué lleva usté ahí?

Gertrudis Dos trajes pa vender, de la Marquesa de los Angeles.

Esperanza. (Con intención.) ¡Que siempre ha de venir usté con líos!...

Gertrudis. ¡Oye, tú, niña! ¡A mí, indirectas, no!

Esperanza. (Señalando el lío.) ¡A ver si es mentira!

Gertrudis. ¡Bueno! ¡Y quédate con Dios, que no sé a qué hora voy a llegar hoy a mi casa! Despídeme de tu madre.

Esperanza. Aguarde usté. (Asomándose a la puerta de la derecha.) ¡Mamá, que se va la tía!

(Por la derecha sale JUSTA.)

Justa. ¿Te marchas?

Gertrudis. Si te parece que llevo aquí poco tiempo... (Se besan.)

Justa. A tu marido y a tus hijos, muchas cosas...

Gertrudis. ¡Y que lo de Ventura se arregle pronto, me alegraré!

Justa. ¡Dios lo haga, mujer!

(Gertrudis abre el portón, y en el descansillo de la escalera aparece VENTURA, que llega jadeante y que entra en escena como loco.)

Gertrudis. (A Justa.) ¡Aquí lo tienes ya! (A Ventura.) ¡Adiós, chico! ¡Hasta otra! Buenas tardes. (Vase por el foro.)

Ventura. ¡Adiós, Gertrudis! (Dirigiéndose flechado a su mujer.) ¡Justa! ¡Justa!

Justa. ¡Qué! ¿Te han tomao el décimo?

Ventura. No; habían cerrao. Ya te lo dije. Pero, verás... ¡Estamos de suerte! (Dirigiéndose al foro.) ¡Entra, Paco, entra! (En el descansillo de la escalera aparece PACO CARMONA, un señor de la edad de Ventura, aproximadamente, de buena presencia y modales sencillos, que viste elegantemente y habla con acento, mezcla de andaluz y argentino. A Justa, presentándole a Paco.) No lo conocerás, y eso que me has oído hablar de él muchas veces. ¡Paco! ¡Paco Carmona! Mi amigo y paisano Paco Carmona, antiguo compañero de colegio. Mi mujer; mi hija.

Paco. (Dándole la mano a las dos.) ¡Tanto gusto, señora! Señorita...

Ventura. Que me lo he encontrao en la calle de Atocha, viniendo hacia aquí, y no sabes la alegría que he tenido. ¡Me va a colocar en su casa, de administrador de sus bienes! Es millonario, un potentao; ha hecho una gran fortuna en América... ¡Siéntate, Paco, siéntate!

Justa. ¡Siéntese usté!

Ventura. ¡Niña, una silla! (En el afán de servirle, cada uno le ofrece una silla precipitadamente.) Siéntate.

Paco. ¡Es tarde, Ventura! Ustedes van a comer y a mí también me esperan en casa. Ya vendré otro día más despacio. He subido únicamente por tener el gusto de conocer a tu familia. (A Justa.) Su marido de usté, señora, ha sido para mí en años remotos,—¡cómo pasa el tiempo, Venturilla!—más que un amigo, un hermano. Éramos inseparables en aquellas aulas del Instituto de Sevilla, como lo fuimos en la escuela de párvulos del pobre don Sebastián. ¿Te acuerdas de don Sebastián, Ventura?

Ventura. (Iluminándosele el rostro al calor del recuerdo.) ¿Cómo no? (Imitando, graciosamente, lleno de cómica gravedad, la voz gangosa de su maestro de primeras letras.) «Zeñores alumnos, zi no me guardan la debida compostura, me veré precizado a zortear una torta entre ustedes y, ¡ay del que le toque! ¡No ze relamerá de gusto!» (Ríen los dos amigos de buena gana.)

Paco. ¡Exacto, exacto! ¡Qué bien lo imita! Es estarlo oyendo.

Ventura. (Suspirando.) ¡Qué días aquéllos!

Paco. ¡Pobre don Sebastián!

Ventura. ¡Y pobre de mí, que siempre me correspondía el confite!

Paco. Tenías mala sombra; es verdad.

Ventura. ¡Y la sigo teniendo, Paco!

Paco. Pero para algo yo me he hecho rico y he conseguido la fortuna de encontrarte esta mañana. ¡A mi lado nada te ha de faltar!

Ventura. ¡Dios te lo pague!

Justa. ¡Dios se lo premie, caballero!

Paco. ¡Nada, nada! Es mi obligación y mi deber. Precisamente necesitaba yo para mis asuntos una persona así como éste, de absoluta confianza, y por dónde he ido a hallarle cuando más me preocupaba elegir el que había de ocupar el puesto. ¡Ha sido providencial nuestro encuentro, Ventura!

Ventura. Para mí, no lo sabes bien. Justamente esta mañana me había quedao sin colocación...

Paco. Pues ya tienes una... ¡Y vitalicia! De sueldo y demás...

Ventura. ¡No me hables de eso! Tú dispones de mí, y yo encantao de poder serte útil.

Paco. Hay que hablar de todo. Por de pronto, tendrás mil pesetas mensuales y una participación en los beneficios que yo obtenga.

Ventura. (Desvaneciéndose.) ¡Paco! (Abrazándose a su amigo.) ¿Has dicho mil pesetas?

Paco. He dicho por de pronto; que, probablemente, tendrás más. Dos mil... Tres mil...

Ventura. (Tambaleándose, buscando puntos de apoyo y ahogándose de la emoción.) (¡Agua!)

Paco. A medida que el negocio vaya desenvolviéndose... En fin, ya hablaremos, ya hablaremos. Mañana, a las tres, te espero en casa para que nos pongamos de acuerdo en todo. Y no molesto más.

Justa. ¡Por Dios!...

Paco. ¡A comer y a pensar en que te llegó tu hora, muchacho! Se acabaron ya esas tristezas y esos apuros de que me has hablado. ¡Animo, Ventura! (Despidiéndose.) ¡Señora, a sus pies! Señorita... ¡Hasta en esto habíamos de parecernos! También yo tengo una mujer y una hija, como tú.

Ventura. ¡Ah! ¿Sí?

Paco. Mañana las conocerás. Lo dicho, dicho. Hasta mañana. A las tres, ¿eh? ¡Que no me faltes! ¡Hasta mañana! ¡Buenas tardes! (Se dirige al portón con ánimo de abrirlo, pero Esperanza se adelanta a franquearle la salida, a cuya cortesía corresponde Paco con un rendido saludo.)

Ventura. (Acompañándole hasta el descansillo de la escalera.) ¡Adiós, Paco, y que Dios te recompense esto que haces por mí!

Justa. (Saliendo hasta la puerta.) ¡Adiós, señor! Y muchas gracias.

Paco. (Esquivando el capítulo de las gratitudes.) ¡Bah, bah, bah!... No salgan, no salgan. Cierren. ¡Adiós! (A las mujeres que se quedan en escena.) Servidor de ustedes. (A Ventura, que se queda en el descansillo.) ¡Cierra, Ventura, cierra! (Desaparece por el foro.)

Ventura. (Después de permanecer un rato en el descansillo.) ¡Adiós!

(Ventura entra en escena y cierra el portón. Su mujer y su hija se acercan a él, alborozadas.)

Justa. Pero esto, ¿qué es?

Esperanza. ¿Qué ha pasao?

Ventura. (Con sincera emoción.) ¡La Providencia! ¡Dios que no abandona a los suyos!

Justa. ¡Ven acá, que te abrace!

Esperanza. ¡Ven que te bese!

(La una lo coge, la otra lo suelta, y entre las dos lo abrazan y lo estrujan, presas de una intensa alegría.)

Ventura. (Con cara de Pascua.) ¿Estáis contentas?

Justa. ¡Imagínate!

Esperanza. ¿Y tú?

Ventura. Yo estoy que me ahogo de satisfacción.

Esperanza. ¡Viva mi papaíto!

Ventura. (Frotándose las manos y luego quitándose el abrigo.) ¡A comer! ¡Qué razón tiene el refrán! No hay mal que por bien no venga. ¡A comer!

(Dentro se oye un golpe seco, como de un cuerpo que cae pesa-

damente, y un grito sordo que paraliza la sangre en las venas de la familia Capellanes y a los tres los hace enmudecer un punto.)

Justa. ¿Eh?

Esperanza. ¿Qué?

Ventura. ¿Habéis oído?

Esperanza. ¡Y ha sido en la escalera!

Justa. ¿Se habrá caído tu amigo?

Ventura. (Pálido y con el cabello erizado de espanto.) ¡Por Dios!...

Esperanza. No tendría nada de particular. Como están las escaleras tan sucias...

Ventura. ¡Callad! (Dirigiéndose rápidamente al portón; abriéndolo, saliendo al descansillo y mirando por la barandilla de la escalera.) ¡Paco!

(Dentro, lejana, se oye la voz de PACO CARMONA.)

Paco. (Dentro.) ¿Qué?

Ventura. ¿Te has caído?

Paco. (Dentro.) Sí.

Justa. ¡Pues ha sido él!

Ventura. Pero, ¿te has hecho daño? ¿Quieres que baje? ¡Voy!

Paco. (Dentro.) No, no ha sido nada; no te molestes. Me he podido matar. He rodado un tramo, pero no me he lastimado mucho.

Ventura. (Pretendiendo bajar.) ¡Deja, hombre!...

Paco. ¡Que no; que no bajes! ¡Adiós! Hasta mañana. No ha sido nada; un resbalón. ¡No ha sido nada!

Ventura. (Volviendo a escena y agarrándose a la hoja abierta del portón para no caer. Casi sin voz y sin aliento.) ¡No ha sido nada! ¡Menos mal! (Elevando los ojos al cielo.) ¡Gracias, Dios mío!

(Justa y Esperanza, pálidas por el susto, permanecen de pie, quietas como dos esfinges. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Una habitación, couvertida en lujoso despacho, del piso que ocupa Paco Carmona, en una casa moderna del aristocrático barrio de Salamauca. Al foro derecha, en chaflán, un amplio mirador, con stores corridos. Al foro centro, una puerta, que da a un pasillo. A la derecha, otra puerta, que comunica con un gabinete y, en primer término del mismo lado, una elegante anaquelería con copiadores, ficheros, etc., etc., y en segundo término, hacia el centro de la escena, una mesita volante, con dos sillas a los lados. Al foro izquierda, una soberbia mesa, de estilo inglés, y un sillón giratorio; ambos muebles escorzados, de frente al público. A la izquierda, una mesita pequeña con una máquina de escribir y ante ella, mirando a la derecha, un taburete. Delante de la mesa principal, dos cómodos butacones, forrados en piel. Sillas cortinas, tapices, alfombra, escupideras, una papelera, timbre, teléfono y aparatos de luz eléctrica, uno portátil sobre la mesa y cinco plafones en el techo. Es de día, por la tarde.

—

(Al levantarse el telón sale, por la derecha, ANGELA, con una caja de bombones en la mano y se encamina hacia el foro al tiempo mismo que por el foro entra en escena RAMIRO, encontrándose los dos en el centro del despacho. Angela—madrileña neta—es una pimpante doncellita de la casa y Ramiro—también madrileño castizo—el ayuda de cámara de Paco Carmona.)

Ramiro. (Pretendiendo darle un abrazo, que ella rechaza.) ¡Mi vida!

Angela. ¡Vamos, suelta, que me están esperando con los bombones!

Ramiro. ¡No seas arisca, mujer, y dame un beso!
Angela. ¡Quita de ahí, pesao!
Ramiro. ¿No me lo das?
Angela. ¡Y tanto que no!
Ramiro. ¡Ingrata!
Angela. Pero, chico, ¿qué te ha entrao de pronto? ¡Tú no estás bueno!
Ramiro. ¡Angela, que te lo pido con mucha necesidad!
Angela ¡Y torna! Cuando yo digo que no estás bueno...
Ramiro. ¡Permíteme que ponga mis labios en uno de esos dos caramelitos de fresa!
Angela. ¡Madre, qué finolis! ¡Te iba a empachar el dulce!
Ramiro. ¡Angela!...
Angela. Y sobre todo, ¿no es Flora tu novia? ¿No te vas a casar con ella? Pues anda y pídele a ella ese anticipo matrimonial.
Ramiro. ¡Si quien me gusta eres tú!
Angela. ¿Yo? ¡Házmelo bueno!
Ramiro. Te lo hago a la perfección, si tú me dejas.
Angela. ¿Delante de Flora?
Ramiro. ¡Mujer, delante de Flora resulta un poco duro!
Angela. ¿Ves como eres un randa que no vas más que a tu avío? (Intenta marcharse.)
Ramiro. (Cogiéndola de un brazo.) ¡Pero, atiende aquí, chiquilla!
Angela. ¡Que te mejores!
Ramiro. ¡Angela!...

(Por el foro aparece FLORA, otra doncellita de la casa, de más edad que Angela, madrileña hasta el tuétano, que es como decir mujer de rompe y rasga.)

Flora. (Deteniéndose en el umbral de la puerta a contemplar el escarceo amoroso de Angela y Ramiro.) ¡Eso es! ¡Y los señores esperando en la mesa!
Angela. (Cohibida.) ¡Flora!
Ramiro. (¡Nos caímos!)
Flora. ¡Se necesita tener poca lacha!
Angela. (Con timidez.) Fué éste que me entretuvo...
Flora. (Con las de Caín.) Este, ¿verdad? ¡Y tú en ingénua! ¡Le has cogío tó el aire a la Bárcena!

Angela. (Acabándosele la paciencia.) ¡Oye, tú!

Flora. ¿Qué pasa?

Angela. ¡A ver si te crees que me desayuno con langostinos! ¡No, rica, que, desde pequeñita, que me han sentao mal los mariscos!

Flora. (Con fingida calma.) ¡Ah! ¿Sí? ¡Bueno, mujer! ¡Anda al comedor y lleva los bombones a la señora, que luego después, tú y yo solas, ajustaremos cuentas!

Angela. Cuando quieras. No te pienses que me das miedo. ¡Nos ha fastidiao el Cuerpo de Seguridad! ¡Qué vigilancia! (A Ramiro.) ¡Chico, te compadezco! Vas a casarte con un agente.

Flora. (Perdiendo los estribos.) ¡Mira, Angela, que!...

Ramiro. (Sujetando a Flora.) ¡Flora!

Angela. (Sin inmutarse, desde la puerta del foro y con gran sorna.) ¿He dicho agente? (A Flora, entre insulto y llamada, escupiéndoselo al rostro.) ¡Guardia!... (Vase por el foro.)

Flora. (Queriendo salir detrás de Angela a arrancarle el moño e impidiéndoselo Ramiro, que la detiene.) ¡Maldita sea mi sombra!... ¡A esa tía chula la voy a señalar y no va a ser con el dedo; y a ti, Ramiro, como te vuelva a ver con ella, te rajo!

Ramiro. ¡Pero, Flora!...

Flora. ¡Que te rajo!

Ramiro. ¡Está bien, mujer!

Flora. Porque si se ha figurao ese pingo que, delante de mis narices, me va a birlar el novio, está, pero, vamos, como pa que la encierren.

Ramiro. ¡Mujer, si la chica no ha pensao tal cosa! ¡Si eres tú la que en seguida te amontonas y ves visiones!

Flora. Y si me la encuentro frente a mí, ¿qué querrás tú que vea?

Ramiro. (Aprovechándose de la indignación de Flora para sobarla un poco.) ¡Vaya, anda, tranquilízate... y dame un beso!

Flora. (Rechazándolo con dignidad.) ¡Ramiro!...

Ramiro. ¿Qué ocurre?

Flora. ¡No te acerques, Ramiro!

Ramiro. ¡Pero, Flora!...

Flora. ¡Que no te acerques!

Ramiro. (¡Pues, señor, la otra será la Bárcena, pero ésta es Raquel Meller!...)

Flora. ¡Yo no soy Angela!

Ramiro. Ya, ya.

Flora. ¡Yo soy una mujer decente!

Ramiro. ¡Bueno!

Flora. ¡Retírate!

Ramiro. ¡Bueno va!

Flora. (Volviendo al tono chulesco.) Ahora, que, decente y tó, a esa sinvergüenza, que me quiere robar tu cariño, le corto yo la cara. (Cruzando las manos y besando la cruz.) ¡Míralas aquí jurás! ¡Por éstas! (Se va por el foro.)

Ramiro. ¡Y se la corta! ¡Vaya si se la corta! Es una fiera esta mujer. Y tiene celos de Angela con razón porque, sin que esto sea presumir, a Angela le gusto yo un rato largo. Pero ni la una ni la otra me han dejao que les dé un beso. ¡Es lo grande lo que me está a mí pasando en esta casa! Rifao por dos y sin tocarle a ninguna. ¡Lo grande!

(Por el foro entra PACO CARMONA.)

Paco. ¡Ramiro!

Ramiro. ¿Señorito?

Paco. Baja al garage y dí al chauffeur que prepare el auto.

Ramiro. Al momento.

(Vase Ramiro por el foro. Paco Carmona se sienta a su mesa, tira de un manojo de llaves que lleva en el bolsillo del pantalón, abre con una de ellas un cajón de la mesa, saca una caja de puros, toma un cigarro y lo enciende mientras canturrea a media voz.)

Paco. «¡Mozo, traiga otra copa
y sírvase de algo el que quiera tomar,
que estoy muy solo, que estoy muy triste,
desde que supe la cruel verdad!
¡Mozo, traiga otra copa!...»

(En el pasillo del foro aparece BERNARDO PUENTE, de espaldas al público, curioseando los cuadros. Es Bernardo un hombre de cuarenta y tantos años, marchoso, pinturero, de incipiente calva zapateril, que viste bien, pero sin gusto. Habla en andaluz cerrado. Paco Carmona, desde su asiento, cree advertir la presencia de Bernardo en el pasillo y lo llama.)

¿Bernardo?...

Bernardo. (Asomando la cabeza por la puerta del foro.) ¿Eh?

Paco. ¿Qué haces? ¡Entra, hombre! (Bernardo entra en escena.) Ten un cigarro. Tomaremos acá el café.

Bernardo. Como dispongas (Con el puro en la mano.) ¡Valiente veguero, camará! ¡Qué bien vives, hijo mío; qué bien bebes y qué bien fumas! ¡A legua se ve que eres miyonario, Paquiyo de mi arma!

Paco. Mis sudores me ha costado, no te creas...

Bernardo. ¿Y qué sabes tú de lo que yo yevo sudao en este mundo y no tengo dos gordas? ¡Hasta pa sudá hay que tené suerte!

Paco. ¿Y Currita? ¿Sigue la sobremesa?

Bernardo. Por lo visto.

Paco. Yo, muchacho, te confieso que no puedo aguantar al novio de mi hija. Es un tipo que me carga. ¡Qué cínico! ¡Qué insolente! Por eso me he salido antes del comedor. No comprendo cómo ha podido enamorar a Beby, ni menos cómo ha conseguido captarse la voluntad de tu prima. ¡Porque Currita está encantada de su futuro yerno!

Bernardo. ¡Figúrate! Como er chavea es de la nobleza y Curra siempre pintó por la aristocrasia...

Paco. Pero, ¿qué nobleza ni qué aristocracia es ser sobrino segundo de un marqués ni primo político de un duque?... Pepín Carvajal no es nada; un bergante, sin presente ni porvenir, un caza-dotes que no viene más que al olor de mis millones. ¿Cómo ni Beby ni Currita han visto esto? No me lo explico, no me lo explico.

Bernardo. ¡Que pa tó hay gustos, Paco!

Paco. Eso será. (Pequeña pausa.)

Bernardo. ¿Qué? ¿Encontraste ya esa persona de confiansa que buscabas pa que se encargase de tus negosios?

Paco. ¡Hombre, sí! Ayer dí con ella y esta tarde la espero. La fortuna ha venido a ponerme en las manos precisamente al hombre que necesitaba: honrado, trabajador, decente, de vida ejemplar... ¡Ni de encargo encuentro otro más a propósito!

Bernardo. Y, ¿quién es ese mirlo blanco, si se puede sabé?

Paco. ¿Por qué no? Un paisano nuestro, un antiguo compañero de mi infancia. Tal vez le conozcas. Ventura Capellanes.

Bernardo. (Saltando de su asiento y abriendo mucho los ojos en señal de espanto.) ¿Qué?

Paco. (Estupefacto ante la actitud adoptada por Bernardo.) Ventura Capellanes. ¿Qué te sorprende?

Bernardo. (Con los ojos fuera de las órbitas.) Y, ¿vas a tené er való de meté a ese hombre en tu casa?

Paco. ¡Claro está que sí! ¿No has oído que le espero esta tarde?

Bernardo. ¡Chiquiyo, no me digas que va a entrar aquí Ventura Capeyanes! ¡Lagarto, lagarto! (Presa de una extraordinaria excitación nerviosa, pone los dedos índice y meñique de la mano derecha sobre el metal del aparato de luz eléctrica que está sobre la mesa.) ¡Toca hierro! ¡Toca hierro!

Paco. (Riéndose a carcajadas, sin acabar de comprender a Bernardo.) Pero, ¿qué pasa?

Bernardo. ¡Josú, María y José! (Pasea y en su nerviosidad se mete el puro en la boca por el lado de la candela, se quema los labios, se le cae el cigarro al suelo, lo recoge, escupe y hace mil aspavientos, mientras Paco continúa riéndose.) ¡Puaf! ¡Ya está! Una desgrasia. ¡Nombrarlo ná más y me he metío er puro por la lumbre! (Volviendo a poner los dedos sobre la lámpara.) ¡Toca hierro!

Paco. Pero, ¿qué sucede? ¿Es algún criminal, algún ladrón?

Bernardo. ¡Es mucho peó que tó eso junto, Paco!

Paco. Explícate.

Bernardo. ¡Tiene la negra!

Paco. ¿Cómo?

Bernardo. Que tiene er seniso, que donde va siembra la ruina, que es un tío de mal arate. ¡Por tu salú, Paquiyo!... Tú mismo me has declarao que desde hase veintisinco años no te han susedío más que cosas güenas... Pos si quieres ve empesá a fayarte los negosios y a hundirse tu casa, no tienes más que arrimarte a ese hombre. ¡Tó vendrá por tierra!

Paco. Pero, ¿qué estás hablando?

Bernardo. Pregunta por Madrí, y no habrá quien no te diga lo que yo. ¡Es mucho tío! De toas partes lo han echao por lo mismo. Entra en un sitio, y comiensan a yové desgrasias. En la Sarsuela estuvo, y se quemó la Sarsuela; fué a la Comedia, y se quemó la Comedia; se metió en er Sentro, y a los dos días a poco si vuela er teatro. ¡Porque, eso sí; se ha espesialisao en los insendios! ¿Tú tienes aseguraos tus muebles?

Paco. Si hace ocho días que nos hemos mudado...

Bernardo. Pos no lo dejes pasá de la puerta der piso, si no quieres que arda toa la finca.

Paco. Pero, ¡qué absurdo eres, Bernardo!

Bernardo. ¿Absurdo? Pregunta; tú pregunta. Mira. Sin í más lejos, ayé lo ví yo. Estaba de contable en una fábrica de harinas, y desde er día que entró, se declararon los trabajadores en huerga. ¡Er seniso! Er dirertor no sabía ya qué hasé pa convensé a los obreros. Yegué yo, por casualidá, ar despacho; me encontré ayí a tu amigo y le dije ar dirertor: ¿Quiere usté solusioná er paro?... ¡Eche usté ar contable! Me hiso caso y lo echó. Esto fué ayé, ¿no? ¡Pos esta mañana ya han vuerto los obreros ar trabajo!

Paco. ¿Es posible?

Bernardo. ¡Pa que no creas en brujas! Si sigue ayí, hay que serrá la fábrica.

Paco. Parece mentira con el aplomo y el convencimiento que hablas de semejantes estupideces. Te oigo y me hago cruces.

Bernardo. ¿Porque no me crees?

Paco. ¡Naturalmente!

Bernardo. ¡Pos, hijo, a las pruebas me remito!

Paco. Pero, ¿qué pruebas? ¿Dónde están las pruebas? Soy el primero en reconocer que Ventura tiene mala sombra; la tuvo desde niño.

Bernardo. ¿Entonses?...

Paco. Pero tener mala sombra, es carecer de suerte; nunca padecer una enfermedad que se propague a los demás, como la viruela. ¿Comprendes? Si Ventura es desgraciado, lo es para sí. ¿Qué me argumentas? ¿Que a su alrededor han ocurrido males y quebrantos? ¡Igual hubieran pasado no estando él! Pero existía ya la prevención, el estigma... ¡Esa es su desgracia! ¡Dios nos libre! Conozco el caso; no es nuevo para mí. Tenía yo un pobre amigo en la Argentina, a quien también se le tildaba de jettatore. Nadie quería ayudarle. Y era un hombre capaz de todo, con aptitudes para todo; pero los poderosos, con ese miedo de los felices, que les hace egoístas de su propio bienestar, huían de él, temerosos de contaminarse con su desgracia. Y mi pobre amigo, llamado por su gran inteligencia a brillar en la vida, murió de hambre en un hospital. ¿Qué te parece?

Bernardo. ¡Que si era un tío mala pata, hiso bien con estirarla!

Paco. ¡Calla, por Dios! Es éste un crimen colectivo, del que ninguno nos consideramos responsable; pero al

que, en realidad, contribuímos todos. Y, por lo que me cuentas, algo parecido sucede con Ventura, y ahora, más que nunca, me alegro haber tropezado con él, para protegerle, para apoyarle, para dar un mentís a esa gente que, sin pararse a meditar, le menospreció, le huyó el contacto, le quiso hundir en su propia miseria inconscientemente, cruelmente, perversamente...

Bernardo. Güeno, Paco... ¡Mira bien lo que hases! Mi consejo leá ya te lo he dao, como era mi debé. No lo quieres seguí, y ayá tú con las consecuensias.

Paco. Pero, ¿no es una vergüenza que un hombre como un castillo, con cuarenta y tantos años a la cola, crea, como un patán del campo, sin letras ni instrucción, en semejantes agüeros y patrañas?

Bernardo. Yo lo que no soy es cabesón, y cuando las cosas se ven como la lú...

Paco. ¡Dejarías de ser de la familia! ¡Eres como tu prima!... Por cierto que se me olvidaba. Te suplico que a mi mujer no te metas en decirle quién es Ventura, ni lo que sabes de Ventura. Supersticiosa, como buena andaluza, creería a pies juntillas tus palabras y sería un obstáculo para que yo hiciera por mi amigo cuanto debo y quiero. De modo que ni hablar con ella de este asunto. ¿Estamos?

Bernardo. Descuida. Lo que siento es que tú no me hagas caso. Puede que luego te pese.

Paco. No te preocupes. A la vuelta del tiempo, tú serás el primer convencido.

Bernardo. ¡Ojalá!

Paco. Lo has de ver. Te lo prometo. (Yendo hasta la puerta del foro.) Pero, bueno, ¿qué hace la familia todavía en el comedor? ¡Beby! ¡Currita!

(Por el foro entran BABY y PEPIN CARVAJAL. Ella es una monísima chiquilla de veinte abriles y él un pollo «bien» de la última hornada.)

Baby. No te impacientes, papá. Nos entretuvimos charlando con Pepín, que tiene unas ocurrencias... Ahora nos servirán el café.

Paco. ¡Vamos, hija! Ya era hora. ¿Y tu madre?

Baby. En la cocina, poniendo paz entre las chicas, que andan a la greña por culpa de Ramiro. Se lo dis-

putan las dos y milagro será que no lleguen a las manos.

Paco. Pues eso, no. ¡En mi casa, no! Antes las despido.

Baby. A quien tienes que despedir es a tu ayuda de cámara, que es un punto de baile.

Pepín. ¡Beby, que yo también soy un punto de baile!

Baby. (Con mimosería gachona a su novio.) Pero tú eres un punto y coma, pocholo mío, y Ramiro es un punto final.

Pepín. (Riéndose mucho.) ¡Qué graciosa! Me llama punto y coma porque me ha invitado a comer. ¡Es saladísima esta Beby!

Baby. ¡Tonto!

Paco. (A Bernardo.) Reconocerás conmigo que es francamente imbécil este pollo.

Bernardo. Como que es un poyo que no sirve ni pa sentarse.

Baby. (Que se ha sentado junto a la mesita de la derecha, invita a su novio a sentarse también.) Siéntate, Pepín.

Pepín. No, cielo mío, que luego se me hacen rodilleras en los pantalones.

Bernardo. (A Paco.) ¿Lo estás viendo? ¡Ni pa sentarse!

Baby. ¡Eres un esclavo de la moda!

Pepín. No hay más remedio, chica, si no quiere uno ir hecho una birria por esas calles, como va Polito Peláez, que parece que siempre lleva dos naranjas en las rodillas.

Bernardo. (A Pepín.) Así que usté se sienta poco.

Pepín. Lo indispensable, nada más. No conviene tampoco apoltronarse, que después se echa barriga y se pierde la línea.

Bernardo. ¿Er qué?

Pepín. La silueta, el trazo, el aire, la vitola.

Bernardo. ¡Ya!

Baby. (En son de piropo.) ¡Ganso!

Bernardo. (A Paco.) Te habrás fijao que, además de imbésil, resurta er poyo un poquito así... (Indicando afeminamiento.)

Paco. ¡Escandinavo! Desde luego.

Bernardo. ¿Escandinavo? ¡En Seviya le yamábamos de otra manera!

Baby. Oye, tío Bernardo, ¿no llevas hoy alhajas que vender?

Bernardo. ¡Vaya si yevo! Un pá de sarsiyos de briyantes como pa que te los regale tu novio en selebrasión de tu cumpleaños.

Baby. ¡Ya me ha regalado este collar! (Uno de perlitas, que lleva al cuello.) ¡Y bien bonito que es!

Pepín. (Dándose importancia.) ¡De casa de Lacloche!

Bernardo. ¡Pos paese de Thomas!

Pepín. (Herido en lo más íntimo.) ¿Qué?

Bernardo. ¿No se habrá usté equivocao de puerta?

Paco. (Llamándolo al orden.) ¡Bernardo!

Baby. ¡Tío!

Pepín. ¡Caballero!

Bernardo._Lo digo porque, así, a primera vista, er coyarito, la verdá...

Pepín. ¡Señor mío!... (Bernardo suelta la carcajada.)

Baby. No le hagas caso, Pepín; si lo hace por oírte.

Pepín. ¡Ah, ya! Creía...

Baby. El collar es precioso y, aunque no lo fuera, que sí lo es, pero, aunque no lo fuera, que sí lo es, sí lo es, a mí me lo parecería sólo porque era tuyo, tuyo, tuyo.

Pepín. ¡Rica, rica, rica!

Baby. ¡Bobo, bobo, bobo!

Bernardo. (Para sus adentros.) ¡Cómo pierde er tiempo esta juventú! Se disen tres veses la misma tontería y es claro...

(Por el foro entra CURRITA BERNAL, una guapa mujer, de cuarenta años, muy pagada de su persona. Es andaluza. Viste un traje de casa. Detrás de ella, con cinco servicios de café en una amplia bandeja de plata, entra ANGELA.)

Currita. Ya tenéis aquí el café. Todo llega. Perdonad, hijos míos, pero me entretuvieron estas pícaras... (Se refiere a Angela.)

Paco ¿Qué pasaba con las criadas? ¿Qué me ha contado la niña?

Currita. Nada, por fortuna. (Angela suelta el servicio sobre la mesa del despacho.) A ésta ya se lo he dicho, que en cuanto vuelva yo a enterarme de que riñen, las planto a todas en la calle.

Paco. Por ahí has debido empezar. En mi casa no quiero disgustos entre la servidumbre.

Currita. (A Angela.) ¿Oyes al señorito?

Angela. Sí, señora; pero la señora comprenderá, y lo mismo el señor, que si la pinchan a una, una no va a estarse quieta. ¡Y la Flora se ha creído que me va a mí a mandar, y no!

Paco. Es que la Flora no tiene que mandarte.

Angela. Eso digo yo, pero como me manda, pues ¡a ver qué hace una! Todo porque la Flora se figura que yo le quiero quitar el novio. Cuando a mí Ramiro no me dice nada.

Baby. Eso, no, Angela; que se pasa el día hablando contigo.

Angela. Bueno, señorita; quiero decir que no me dice porque no me hace. ¿Comprende?

Currita. No te hace; pero tú si le haces a él, y como te busca...

Angela. ¿Quiere la señora que me esconda? ¡Descuide la señora, que me esconderé! Por mí no ha de quedar. ¿Sirvo el café a los señores?

Currita. No, anda; yo lo serviré. Vete a tus cosas.

Angela. Con el permiso de los señores. (Vase por el foro.)

Currita. ¡Ya lo ves, Paco, ya lo ves!

Paco. ¡Bueno está el servicio!

Bernardo. ¡Como que es un problema en Madrí éste de los criaos!

Currita. (Mientras reparte las tazas, echa el azúcar y sirve el café.) La que no sisa, es floja; la que no es floja, es charlatana... No sabe una, la verdad, qué hacer con ellas. ¿Solo o con leche, Pepín?

Pepín. Solo, señora. Muchas gracias.

Currita. ¿Has visto el piso, Bernardo?

Bernardo. ¡Hermoso, chiquiya!

Currita. ¿Verdad que es lindo? ¡De aquel cuchitril de la Gran Vía!... Pero, hijo, hasta ahora, no se ha encontrado nada conveniente.

Bernardo. ¡Pos ya se van viendo muchas sédulas por Madrí!

Currita. Pero todo carísimo. No tienes idea.

Paco. ¿Qué te crees que cuesta este piso, que no es muy céntrico, porque, vamos, la calle de Velázquez, coge ya algo retirada?...

Bernardo. ¡Qué sé yo! Un disparate.

Paco. Diez y ocho mil pesetas.

Bernardo. ¿Diarias?

Paco. No, hombre; al año.

Bernardo. No; porque, a lo mejó, estos caseros son terribles.

Pepín. ¡Anda! Cuarenta mil paga mi primo, el duque de los Cármenes, por el suyo.

Paco. ¿Cuarenta mil pesetas? ¡Ya es un pico!

Bernardo. ¡De sigüeña!

Paco. Y diga usté, Carvajal, ¿cómo el duque no tiene casa propia?

Pepín. La tiene en Granada. donde vive. Aquí no pasa más que cortas temporadas...

Currita. ¿De modo, que es usté también pariente del duque de los Cármenes?

Pepín. Sí, señora; pariente lejano, pero pariente, al fin. Verá usté. Mi madre... ¡A ver si yo me acuerdo! (Haciendo memoria.) ¡Sí! Mi madre es sobrina política de una tía segunda, por parte de padre, de una prima hermana que es tía abuela del duque.

Bernardo. ¡Pos casi ná! De esa forma soy yo pariente de don Arfonso trese.

Paco. ¡Calla, Bernardo, calla!

Currita. Verdaderamente que este muchacho está entroncado con toda la nobleza.

Pepín. (Dándose tono.) ¡Pchs!

Bernardo. Lo que yo le dije el otro dia: que yeva sangre asú hasta en la stilográfica (Todos se ríen.)

Currita. ¡Este Bernardo, siempre el mismo! (Pequeña pausa.)

Paco. (A su mujer.) ¿Tú piensas salir, Currita?

Currita. ¿Cómo? ¿No sabes que espero la visita de la condesa de Miraluz?

Bernardo. (¡Otra parienta del amigo!)

Paco. ¡Ah! ¿Es hoy cuando viene la condesa?

Currita. Esta tarde. Ayer, cuando nos vimos en Royalty, me anunció su venida. ¿Por qué lo decías?

Paco. Por nada; por saberlo.

Baby. Pues nosotros sí nos vamos a dar una vuelta por el Retiro en cuanto llegue doña Sacramento, que por cierto, se tarda. ¿No, Pepín?

Pepín. Lo que tú quieras.

Bernardo. Doña Sacramento ¿es la carabina?

Baby. Sí.

Bernardo. ¡Qué tipo tan raro!

Baby. Pues si la oyeras hablar... Yo me río con ella lo indecible.

Currita. (A Paco.) Y tú, ¿te quedas en casa?

Paco. Aguardo a ese amigo, de quien ya te he hablado.

Currita. ¿Ventura Capellanes?

(Bernardo disimuladamente vuelve a poner los dedos en la lámpara.)

Paco. Sí. Y en cuanto le informe de lo que tiene que hacer, voy a llegarme un momento a la Bolsa y luego al Casino de Madrid, que estoy citado con Armenta para ver de ultimar un asunto que puede ser interesante.

Currita. Pues si acabas con tiempo y quieres venir a recogerme en el auto para que demos un paseo....

Paco. ¿Por qué no?

(Por el foro aparece ANGELA.)

Angela. ¿Señorita? Doña Sacramento la espera en la antesala.

Baby. (A Pepín.) ¡Pues, anda, Pepín! Aprovecharemos el sol.

Angela. (A Currita.) Y la señora condesa de Miraluz, que acaba de entrar.

Currita. (Poniéndose de pie, un tanto nerviosa.) ¿La condesa? ¿La has pasado al salón?

Angela. Como me dijo la señora.

Currita. ¡En seguida salgo! (A Ángela, dándole el servicio en la bandeja.) Toma, llévate ésto. (Vase Ángela por el foro.) Perdonadme, pero no es cosa de hacerla esperar.

Baby. (Besando a Currita.) Adiós, mamá.

Currita. Adiós, hija. Hasta luego, Pepín.

Pepín. Adiós, señora.

(Vase Currita por la derecha.)

Baby. (Besando a su padre y a su tío.) ¡Adiós, papá! ¡Adiós, tío Bernardo! ¡Hasta después!

Paco. ¡Anda con Dios, hija!

Pepín. Buenas tardes.

Paco. Buenas tardes, Carvajal.

Bernardo. ¡Adiós, poyitos! (Salen por el foro Baby y

Pepín Carvajal.) Yo también me marcho. Si acaso, luego vendré pa que me dés esos planos de la mina.

Paco. ¿Los quieres ahora?

Bernardo. No, después. Es ya tarde y tengo que hasé... ¡Hasta luego, Paco!

Paco. ¡Adiós, Bernardo!

Bernardo. ¡Y que Er te proteja!

Paco. ¡No seas majadero!

Bernardo. Tú mismo no sabes lo que te has echao ensima. ¡Que Er te proteja, te repito!

Paco. ¡Bueno! ¡Adiós, hombre, adiós! (Vase Bernardo por el foro. Paco se levanta del butacón y se sienta en el sillón giratorio.) ¡Cuánta bellaquería hay en el mundo! (Hace sonar un timbre que estará al alcance de su mano.)

(Por el foro aparece RAMIRO.)

Ramiro. ¿Señor?

Paco. Pasa, Ramiro. Oye; tráeme la correspondencia. Ahora vendrá un señor preguntando por mí. Dará su nombre. Don Ventura Capellanes. Le haces pasar inmediatamente.

Ramiro. Ese señor hace media hora que está esperando en el pasillo.

Paco. (Poniéndose de pie.) Y, ¿por qué no me has avisado?

Ramiro. Como el señor se hallaba con la familia...

Paco. ¡Hazle entrar al instante!

Ramiro. Lo que mande el señor. (Vase por el foro.)

Paco. ¡Pobre Ventura! ¡Hasta para esto es desgraciado!

(Pequeña pausa. Por el foro aparece RAMIRO, con una bandeja y en ella un montón de cartas, telegramas y telefonemas; deja pasar a VENTURA, que llega flamante, con un traje que a la legua se ve está acabado de comprar en un almacén de ropas hechas.)

Ramiro. (Invitando a pasar a Ventura.) Pase el señor...

Paco. (Acudiendo a recibir a su amigo.) Perdona, hijo; pero no he sabido que estabas acá hasta ahora mismo. Este idiota que nada me ha dicho...

Ramiro. (Soltando la bandeja con la correspondencia, sobre la mesa del despacho.) Comprenda el señor...

Paco. ¡Retírate!

(Ramiro agacha la cabeza y se va por el foro.)

Ventura. No le regañes. No tiene importancia.

Paco. ¡Sí la tiene! Esta gentuza no se paga más que de la ropa.

Ventura. ¡Pues traigo traje nuevo!

Paco. (Deseoso de indemnizar a su amigo de la espera.) Ten. (Va hacia la mesa y, de la caja de puros que tiene abierta, saca uno y se lo ofrece a Ventura.) Toma un cigarro. Fúmatelo. Es habano. ¡Lo mejor que se fabrica!

Ventura Gracias, Paco. ¡Qué casa tienes! ¡Vaya lujo! ¡Dichoso tú que has ganado para ello!

Paco. Sientate, siéntate, Ventura. (Se sientan los dos en los butacones. Ventura enciende una cerilla y se dispone a prenderle fuego al puro, después de haberle dado varias vueltas en la mano. Paco le observa con curiosidad.) Pero, ¿qué haces, hombre? (Sujetándole la mano.) ¿Vas a encender el puro por el revés?

Ventura. (Como hombre que en su vida se ha visto en otra.) ¡Ah! ¿Este es el revés?... ¡La falta de costumbre! (Enciende el puro como debe; da dos chupadas, arroja el humo a bocanadas, se le saltan las lágrimas.)

Paco. ¿Eh? ¿Qué tal el cigarrito?

Ventura. (Atragantándose.) ¡Formidable! ¡Muy... bueno!

Paco. Y, ¿qué hay? ¿Qué te cuentas?

Ventura. Pues.. nada. Que de la alegría que me diste ayer no he podido pegar un ojo en toda la noche. Por primera vez, desde que nací, me encuentro seguro en la vida, piso en tierra firme... Tengo tu protección, tu apoyo...

Paco. ¡Y que lo digas!

Ventura. ¡Motivos hay para perder el sueño!

Paco. (Dándole, cariñosamente, palmaditas en la rodilla.) ¡Pobre Venturilla! ¡Bueno, hombre, bueno! (Ventura sigue fumando; cada vez se atraganta más; se pone pálido, le lloran los ojos. Paco lo advierte y se alarma.) ¡Caray! ¿Qué te ocurre? ¿Te sientes indispuesto? Has perdido el color... ¿Qué tienes?

Ventura. (Con su mejor sonrisa, pero casi sin voz.) El cigarro.

Paco. ¿Qué le pasa al cigarro?

Ventura. Al cigarro, nada. ¡A mí!

Paco. A ti, ¿qué?

Ventura. Que no había fumao nunca. Es esta la primera vez, y claro...

Paco. ¡Pero, hombre, haberlo dicho! ¿Para qué lo aceptaste?

Ventura. Por no despreciar. Me lo ofreciste con

tanto entusiasmo que, la verdad, me dió no sé qué decirte que no fumaba.

Paco. ¡Tíralo ya mismo! ¡Faltaría más!...

Ventura. (Acobijando el puro contra su pecho, como el que guarda un tesoro.) No; deja... Me lo guardaré. ¡Tirar una cosa tuya!... (Echa la lumbre en la escupidera y, una vez apagado, se mete el puro en el bolsillo.) Me lo guardaré y me lo iré fumando poco a poco. ¡Hasta que me acostumbre!...

Paco. (Riéndose.) Como quieras. ¡Eres el de siempre!

Ventura. Dime. Esa señorita tan guapa, que he visto salir, ¿es tu hija?

Paco. Mi hija.

Ventura. La he reconocido porque tiene toda tu cara. ¡Es preciosa, preciosa!

Paco. A mí me lo parece, por lo menos.

Ventura. ¡Dios la bendiga! ¿Y tu mujer?

Paco. Ahora saldrá. Está de visita—¿sabes?—y de visita de cumplido. Una condesa que vive en el piso de al lado y que es la primera vez que viene a casa. ¡Ahora saldrá!

Ventura. Por mí, no la molestes.

Paco. Al contrario. Ella tendrá mucho gusto en saludarte. ¡Si tú la debes conocer!... ¡De vista, desde luego! ¡Currita Bernal! ¿No te acuerdas de Currita Bernal?

Ventura. Pero Currita Bernal, ¿es tu mujer?

Paco. ¡Currita Bernal!

Ventura. ¡Acabáramos! ¡Ya lo creo que la conozco, aunque nunca fuí presentao a ella! Te felicito por tu elección. Te has casao con la mejor moza de Sevilla. Ahora me explico la presencia aquí de Bernardo Puente.

Paco. ¡Primo de mi mujer!

Ventura. ¡Es claro!

Paco. ¡Pero no te aterres!

Ventura ¿Por qué?

Paco. Bernardo Puente me ha puesto en antecedentes de tu triste historia, ha pretendido desviar mis sentimientos de afecto y simpatía hacia ti, pero ha dado en hueso.

Ventura. Menos mal.

Paco. No te preocupes. Afortunadamente para ti yo estoy curado de espanto y no creo en supersticiones. Opino que las cosas pasan porque tienen que pasar, sin que haya nada que las modifique. En eso soy un poco moro, un poco fatalista. Nadie tiene poder

bastante para hacer cambiar el curso de los acontecimientos. Pensar de otro modo equivaldría a elevar a algunos hombres a la categoría de dioses del bien y del mal y eso es absurdo, inadmisible. En la vida de todo individuo hay un porcentaje de sucesos agradables y desagradables. Llegan unos y otros cuando quieren. Es ridículo atribuir los buenos a una herradura encontrada en la calle y los malos a un tuerto que se tropezó. ¡No estoy conforme! Protesto. Y conste que te habla un hombre que, en veinticinco años de su vida, no tuvo una sola contrariedad, un solo quebranto en sus intereses; que todo le fué viento en popa y no conoció el dolor. Pero, por lo mismo, soy intransigente con los que, a base de una creencia errónea, labran la desdicha de los demás. ¡Pisas terreno firme, Ventura! Dijiste bien. Nada ni nadie podrá hacerme vacilar. ¡Puedes estar tranquilo!

Ventura. Gracias, Paco, gracias. ¡Dios te lo pague! No sabes el bien que me producen tus palabras.

Paco. ¡Y vamos a trabajar, si te parece!

Ventura. Estoy a tu servicio.

Paco. ¿Escribes a máquina?

Ventura Un poco.

Paco. Pues ahí la tienes. Y papel. Vamos a ir contestando estas cartas.

(Paco empieza a abrir, con una plegadera, cartas de las que le entró Ramiro y a leerlas para sí, mientras Ventura destapa la máquina, se sienta, coloca el papel y espera.)

Ventura. Una Remington. ¡Buena máquina! La conozco bien.

Paco. ¿Estamos?

Ventura. Cuando quieras.

(Paco dicta y Ventura escribe.)

Paco. Madrid, 30 noviembre. Señores Valdés y Compañía. Oviedo. Muy señores míos: en mi poder su carta, fecha...

(En este momento, por la derecha, irrumpe en escena, desolada y descompuesta, CURRITA BERNAL.)

Currita. ¡Paco! ¡Paco!

(Paco y Ventura se ponen de pie.)

Paco. ¿Qué pasa?

Currita. Con permiso del señor...

Paco. (Presentando.) Mi amigo Ventura Capellanes. Mi mujer.

Currita. (Inquieta.) Mucho gusto. Perdone usté... (Dirigiéndose a su marido.) ¡Ay, Paco, qué cosa tan horrible!

Paco. (Alarmado.) ¿Qué?

Currita. ¡La Condesa que, de pronto, se ha puesto mala, le ha dado un ataque!... En el salón está tendida. Se ha caído del asiento. ¡Yo me he llevado un susto de muerte!

Paco. ¿Eh? (E instintivamente dirige una mirada a Ventura, el cual agacha la cabeza.)

Currita. ¡Anda! ¡A ver si tú la puedes levantar! (Sale Paco disparado por la derecha. Currita se dirige hacia el foro, y llama a gritos a la servidumbre. Ventura se pasea, agitadísimo, con las manos atrás.) ¡Angela! ¡Flora! ¡Ramiro!

Ventura. ¡Vaya por Dios!

(Por el foro acuden, rápidamente, ANGELA, RAMIRO y FLORA.)

Currita. (A los criados.) ¡Vinagre! ¡El frasco de sales! ¡Un poco de éter! ¡Pronto! (Los tres criados desaparecen por el foro como tres exhalaciones.) ¡Qué complicación tan desagradable! ¡Figúrese usté, la primera vez que esta señora viene a vernos! ¡Qué disgusto!

Ventura. (Sin dejar de pasear.) Ya, ya.

Currita. Nunca nos había pasado nada semejante. ¡Y está sin pulso! Yo creo que muerta...

Ventura. ¡Por Dios, señora!...

Currita. (Afligidísima.) ¡A ver si Paco!... Con su permiso, señor.

Ventura. Usté lo tiene.

Currita. ¡Qué disgusto! ¡Qué disgusto! (Se va por la derecha llorando.)

(Por el foro sale ANGELA, con un pañuelo empapado en vinagre.)

Angela. ¡El vinagre! ¿Es pa usté?

Ventura. (Señalando a la derecha.) ¡Por ahí!

(Desde dentro se oye la voz de CURRITA BERNAL y un timbre prolongado.)

Currita. ¡Angela! ¡Flora!

Angela. ¡Voy! (Vase Angela por la derecha.)

(Por la puerta del foro entran RAMIRO, con un frasco de sales y FLORA, con otro de éter.)

Ramiro. ¡El frasco de sales!
Flora. ¡El éter!
Ventura. (Señalando a la derecha.) ¡Por ahí! ¡Por ahí! (Ramiro y Flora se van por la derecha. Cesa de sonar el timbre. Ventura eleva sus ojos al cielo.) ¡Señor, que no se muera! (Se acerca a la puerta de la derecha y escucha; luego torna a pasear. Pausa.)

(Por la derecha vuelve PACO CARMONA.)

Paco. ¡Nada; no hay forma de que vuelva en sí! Está hecha un tronco. ¡Pobre señora! Me ha costado la misma vida ponerla en el sofá. ¡Pesa, pesa lo suyo! Ya han ido a avisarle a la familia.
Ventura. ¿Y no reacciona?
Paco. ¡Nada! Rígida, inmóvil, con los ojos vidriados y anhelosa la respiración... ¡Un trance, muchacho, un trance! ¡La primera vez que entraba acá! ¡Imagina!...
Ventura. Ya, ya.

(Dentro hacia la derecha, se oyen murmullos y, por la derecha, sale CURRITA BERNAL.)

Currita. ¿Paco?... Los sobrinos de la Condesa.
Paco. Voy. (Sale por la derecha.)
Ventura. Si para algo puedo yo ser útil, señora...
Currita. Muchas gracias, Capellanes. Ya se la llevan... ¡Qué mala sombra! ¿Ha visto usté? ¡Qué mala sombra!
Ventura. Ya, ya.

(Vase Currita por la derecha. Ventura da un suspiro y vuelve a pasear. Dentro se oye la voz de PACO CARMONA.)

Paco. (Dentro.) ¡Desde luego, desde luego! ¡Un médico! Abajo está mi coche. Pueden utilizarlo.

(Por la derecha sale ANGELA, con dirección hacia el foro.)

Ventura. (Interrogando a Angela, ansiosamente.) ¿Qué? ¿Qué?
Angela. ¡Pa mí que la ha diñao!

Ventura. (Con los pelos de punta.) ¡Dios! (Y pasea dando muestras de una mayor nerviosidad. Angela se va por el foro.)

(Por la derecha sale PACO CARMONA.)

Paco. ¡Cómo ha de ser! ¡Estaría escrito! (Mirando a Ventura, que se turba ante su mirada.)

Ventura. (Con carne de gallina.) ¡Mi madre! ¿Se ha muerto?

Paco. ¡No, hombre! ¡Pero es pata, es pata! Si yo fuera supersticioso creería...

Ventura. ¡Paco!...

Paco. ¡Ya te he dicho que no lo soy! (Por el foro sale CURRITA BERNAL y Paco pregunta a su mujer.) ¿Qué? ¿Se la llevaron?

Currita. Ahora mismo.

~~**Paco.** ¡El Señor quiera mejorarla!~~

Currita. Por lo visto padece de convulsiones.

Paco. ¡Pues le ha podido dar en su casa el ataque a la buena señora y no fastidiarnos a nosotros! ¡Tantas ganas como tenías tú de que viniera a verte! ¡Si no se puede desear nada en este mundo!

Currita. El susto no me sale del cuerpo en un año.

Paco. Serénate, tranquilízate, no sea cosa de que tú también...

Currita. ¡Ya pasó!

Paco ¡Pues eso! Que te hagan un poco de tila con azahar para calmar los nervios. (Toca el timbre.)

Currita. ¡Déjalo, déjalo; ya pasó!

(Por el foro aparece RAMIRO.)

Ramiro. ¿Llamaba el señor?

Paco. Cuando vuelva el chauffeur con el auto, me avisas.

Ramiro. Está bien, señor. (Vase por el foro.)

Paco. ¡Y a ver por dónde íbamos, Ventura!

(Ventura se sienta a la máquina.)

Currita. Si estorbo...

Paco. Tú no estorbas nunca, mujer. (Mirando su reloj.) ¡Demonio! Las cuatro ya. La hora de la cita con Armenta. No me puedo entretener. Dejaremos para mañana el despacho de la correspondencia. Unicamente veré estos telegramas, por si hubiese algo urgente que

contestar. (Abre uno y lee.) «Vapor Ariz-Mendi salió con cargamento Liverpool. Gorostiza.» ¡Nada! (Abre otro y lee.) «Compradas firme quinientas acciones ferrocarril estratégico.» ¡Nada! (Leyendo otro y demudándose al conocer su contenido.) «Madrugada pasada ardió cortijo Morales.» ¿Qué?

Currita. (Alarmadísima.) ¿Cómo?

Paco. (Leyendo de nuevo, sin querer dar crédito a lo que lee.) «¿Madrugada pasada ardió cortijo Morales?»... (La mirada que dirige a Ventura encierra un mundo. Ventura agacha su cabeza y teclea en la máquina.) ¡Cristo bendito!

Currita. ¡Virgen de la Esperanza! ¿El cortijo de Morales?

Paco. (Luchando contra sus convicciones.) Pero ¿es cierto, Dios mío? ¡Si esto parece una burla, un sarcasmo!

Ventura. (Tímidamente.) ¿Es de ustedes, quizás, ese cortijo?

Paco. ¡Nuestro!

Currita. Una finca, recién adquirida, que ha costado cuatro millones de pesetas.

Paco. ¡Nada menos, Ventura!

Ventura. ¡Dios poderoso! ¿Cuatro millones de pesetas?

Currita. ¡Calcule usté, que no es un real ni dos!

Paco. ¿Cuando han traído este telegrama?

Currita. Esta mañana, pero como tienes la costumbre de no leer nada hasta que te pones a despachar el correo...

Paco. ¡Y había de ser hoy, precisamente hoy!... Y el cortijo de Morales además, que no está asegurado, que no me han entregado la póliza todavía, donde he empleado la mayor parte de mis ahorros... ¡Qué ruina, Señor, qué ruina! Corro a Telégrafos a confirmar la noticia y de camino, a pedir una conferencia con Lozano. ¡Señor, Señor! ¡Ni de encargo se da nada igual! ¡Hay para perder el juicio!

Currita. ¡Bueno; cálmate, hombre; no te pongas así! ¡No va a haber ardido toda la finca, que es inmensa!

Paco. No sé, Currita; no sé. ¡Todo es posible! Hasta ahora. ¡No te marches, Ventura! Vuelvo. No sé; no sé. ¡Qué cosas hace Dios! (Vase por el foro.)

Currita. ¡Pobre!

Ventura. Ya, ya.

Currita. ¡Y qué lástima de hacienda!... Con la ilusión que Paco la compró, pensando que sería el refugio de nuestra vejez..

Ventura. Ya, ya. ¡Es tremendo, tremendo!

Currita. ¡Tanto trabajo como le ha costado reunir lo que tiene, si empieza ahora a torcérsele el carro!...

Ventura. ¡Es espantoso, espantoso!

(Dentro, como si fuera en la calle, se oyen gritos y murmullos y sonar una bocina de automóvil.)

Currita. (Prestando atención al ruido) ¿Eh? ¿Qué? ¿No oye usté? ¡Algo ha pasado en la calle! (Asomándose al mirador y apartándose luego, horrorizada.) ¡Ay, Dios mío! ¡Paco! ¡El automóvil! (Tapándose los ojos.) ¡Jesús! ¡Lo ha matado! ¡Paco, Paco de mi alma!... (Y echa a correr, desapareciendo por el foro, llorando y gritando.)

Ventura. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Atropellao Paco por un auto? ¡Santo Dios! (Intenta levantarse, con el cabello erizado y los ojos fuera de su sitio, pero le flaquean las piernas y cae desplomado en el taburete, presa de un ataque nervioso que, en vano, trata de dominar. Deja caer las manos sobre el teclado de la máquina y se le va el carro; suena el timbre de aviso, y se asusta aún más. La tragicomicidad de este momento queda encomendada toda ella al talento del actor. Coincidiendo con los gritos de Currita, se oye dentro, hacia el foro, la voz de ANGELA.)

Angela. (Dentro.) ¡El señorito! ¡Válgame Dios!

(Simultáneamente, salen corriendo RAMIRO, por el foro, y FLORA, por la derecha.)

Ramiro. Pero, ¿quién grita?

Flora. El señor... ¡Que lo ha cogido un auto! ¡Corre! (Desaparecen los dos por el foro.)

Ventura. ¡Y soy yo, yo quien le ha traído la desgracia! Ya no me cabe duda. ¡Soy yo! Pero, Señor, ¿cómo puedo yo atraer el mal a quien sólo beneficios quisiera reportarle? ¡Es horrible, horrible! ¿Por qué me has hecho así?

(Casi hablando todos a la vez, entran por el foro PACO CARMONA, cojeando de la pierna derecha, todo lleno de polvo, apoyaudo sus brazos sobre los hombros de CURRITA BERNAL y de RAMIRO, que lo sostienen y lo sientan en uno de los butacones. Detrás, afligida y llorosa, viene ANGELA. Ventura, al ver a su amigo, a quien creía muerto, reacciona y puede levantarse, acudiendo a él dando gritos. La crisis nerviosa se le resuelve en risa y llanto, y se echa a los pies de Paco Carmona, besándole las manos como un perro.)

Currita. (Llorando.) ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia tan grande!

Ramiro. ¡Apóyese, señor; apóyese en mí! No se preocupe.

Angela. ¡Pobre señorito!...

Ventura. ¡Paco! ¿Paco? ¡Vivo!... ¡Paco! ¡Paco!...

Paco. (Queriendo imponerse a todos.) Nada; no es nada; no ha sido nada. No apurarse. ¡El susto! Yo he tenido la culpa. Ciego como iba con la noticia del incendio, salí disparado hacia la calle, sin ver que en aquel momento pasaba un auto. Tocó el chauffeur la bocina, yo quise apartarme; pero resentido como tengo este pie, desde la caída de ayer por la escalera de la casa de éste, me falló y la aleta del coche me dió así, de chaspón, en la pierna, tirándome al suelo. ¡No ha sido más que el susto! No apurarse, no apurarse. ¡Vamos, Currita; vamos, Ventura! Tranquilizáos. ¿No me véis? No ha sido nada; no ha sido nada.

Currita. ¡Tras de una cosa, otra! Pero, ¿qué pasa hoy aquí, Dios mío de mi alma?

Paco. La ley de las compensaciones, hija Si en veinticinco años que llevamos de casados sólo hemos tenido alegrías que contar, justo es que ahora nos lleguen las penas en racimos. ¡Es lo natural! Nada hay eterno en este mundo.

(Por el foro, aparece FLORA.)

Flora. ¿Señor? El chófer, que ya ha vuelto con el auto.

Currita. Y el médico, ¿está ahí?

Flora. Sí, señora.

Currita. Pues id uno de vosotros al piso de la condesa, y decidle al doctor que no se vaya sin pasar antes por aquí.

(Se van por el foro Angela, Ramiro y Flora.)

Paco. ¡Pero, mujer, si esto no es nada!

Currita. ¿Qué sabemos? Yo no he de estar tranquila hasta que el médico te vea. ¿Puedes mover la pierna?

Paco. Con dificultad.

Currita. ¿Entonces?...

Paco. Lo que quieras, mujer, lo que quieras. Por no desagradarte... Pero si no es nada, si te repito que no es nada... ¡Ventura, hijo!...

Ventura (Acudiendo solícitamente.) Dime. ¿Qué deseas?

Paco. Ten la bondad de tomar mi coche, que está abajo y de llegarte a Teléfonos y pedir una conferencia con el abonado cuatrocientos diez y seis, de Sevilla.

Ventura. ¿Cuatro diez y seis?

Paco. Sí. Dí que es para mí. Te la darán en el acto. Y que me llamen. ¡Al catorce veintiuno de Salamanca! Anda. Más pronto llegarás en el auto que si la solicitamos desde aquí a las telefonistas.

Ventura. Lo que me ordenes. ¡Hasta ahora! (Con la obsesión de que es él el causante de la desgracia.) (¡Es horrible, horrible!) (Vase por el foro.)

Currita. ¿Vas a hablar con el administrador?

Paco. ¡A ver si Lozano ha recibido nuevas noticias del incendio!

(En este momento, entra como una tromba, por el foro, azorado y descompuesto, BERNARDO.)

Bernardo. ¡Paco! ¡Paco! ¡Pero chiquiyo!... ¿Qué te ha pasao? ¿Qué me ha dicho el portero?

Paco. Nada, no es nada.

Currita. (A Bernardo.) ¿Has visto?

Bernardo. ¡Caya, chiquiya! ¡Si cuando me lo han contao se me ha querío salí er corasón por la boca!

Currita. ¡Y si fuera esto sólo!... ¡Pero no quieras saber las cosas que nos han sucedido desde que te marchaste!

Bernardo. ¡Ya lo presumía yo! (A Paco.) ¿Qué te dije?

Currita. Primero la condesa; que se nos pone mala, de pronto, y hay que trasladarla a su piso hecha un fardo; luego la noticia del fuego del cortijo de Morales, que ha ardido por los cuatro costados...

Bernardo. Un fueguesito, ¿eh? ¡Si no podía fartá, si era de cajón, si ese tío es una mecha!

Paco. ¡Bernardo!

Currita. Después el atropello de éste, que a poco lo mata un automóvil... No sé, no sé. ¡Parece que ha entrado la negra en esta casa!

Bernardo. ¿Cómo la negra? Toa Abisinia y Madagascá y la manigua de Cuba y Puerto Rico... ¡Josú!

Paco. ¡Calla, Bernardo, calla!

Bernardo. No dirás que te ha piyao de sorpresa, que bien te lo arvertí.

Paco. ¡No seas imbécil!

Bernardo. ¡Si es mu cómodo contestá a las rasones con insurtos!

Paco. Pero, ¿dónde están las razones, idiota? ¿Dónde están? A la condesa, que padece de histerismo, le ha dado acá un ataque, como le podía haber dado en el salón del trono.

Bernardo. ¡Pero le ha dao acá, como tú dises!

Paco. Lo del fuego es una cosa circunstancial y posible en toda ocasión.

Bernardo. ¡Pero que no ha yegao hasta hoy! ¡Qué casualidá!

Paco. Y lo de mi atropello, culpa mía tan sólo, que salí loco y desatentado.

Bernardo. ¡Pero que tampoco ha susedío hasta hoy! ¡Son muchas coinsidensias, Paco! ¡Convénsete y no seas testarúo!

Paco. ¡Calla!

Currita. Pero, ¿de qué se trata?

Bernardo. Tu marío no quiere que te lo diga, pero yo no pueo seguí cayando más tiempo.

Paco. ¡Calla, Bernardo!

Currita. ¡Habla!

Bernardo. No cayo; lo digo y sarga er só por Antequera. ¿Tú quieres sabé la causa de tó lo que está pasando hoy aquí? Pos que tu marío ha metío en tu casa un tío mala sombra.

Currita. ¿Qué?

Bernardo. Uno de esos hombres que yevan la ruina a tó er que se le aserca.

Currita. ¿Ventura Capellanes?

Bernardo. (Volviendo a poner los dedos sobre la lámpara.) ¡No lo nombres siquiera! ¡Ese mismo! Y no ha pecao de irnorante, que bien se lo previne.

Currita. ¿Y va a seguir entrando aquí ese hombre?

Paco. ¡Pues claro está, mujer!

Currita. ¡No me lo digas, Paco!

Paco. Yo no hago canalladas, ni puedo despedir de mi casa a quien no me dió motivos.

Bernardo. ¿Te paesen pocos la ruina que os ha buscao?

Paco. ¿El?

Currita. ¿Quién si no?

Paco. ¡Parece mentira que seáis así!

Currita. ¡Has de echarlo, Paco!

Paco. Pero, considera...

Currita. ¡Has de echarlo! Ni un día más en nuestra casa. ¡Ni un día más!

(Dentro, se oyen gritos e imprecaciones, alaridos y voces de socorro. Son Angela y Flora, que se han agarrado del moño en la cocina.)

Bernardo. ¡Arrea!

Currita. ¿Qué pasa ahora, Dios mío? ¿Qué gritos son esos?

Bernardo. (Asomándose al pasillo del foro.) Las criás, que se han enredao en la cosina. ¡Menudo joyín tienen armao!

Currita. (Desde el pasillo.) ¡Angela! ¡Flora! ¡Si esto parece acabamiento de mundo!

Bernardo. ¿Y aún no te querrás dar por convensío?

Currita. ¡Echa a ese hombre, Paco! ¡Echalo!

Paco. Pero, ¿también va a ser culpable de que las criadas se peguen? ¡Es el colmo, Señor, el colmo de lo que me quedaba que oír!

(Por el foro, aparece VENTURA. Currita y Bernardo se apartan de él con horror.)

Ventura. Cumplido tu encargo, Paco. Ahora te darán la conferencia.

Paco. Está bien, Ventura. Siéntate. (A Currita.) Y tú, hazme el favor de ir a la cocina y poner orden entre esas o plantarlas a todas en la calle. ¡Qué horror! ¡Qué escándalo! Si esto no es casa; es un burdel. ¿Qué dirán los vecinos? ¡Anda, mujer! ¡A ver si podemos entendernos! (Vase Currita por el foro, y a poco cesa la gresca.)

Ventura. (Aterrado.) Pero, ¿más cosas aún?

Paco. ¡Más, hijo, más!

Bernardo. ¡Y er techo que no tardará en aplastarnos! ¡Ya empieza a agrietearse!

Paco. No le hagas caso. ¡Es su manía!

Ventura. No es manía, no. Yo también dudaba como tú, no quería creerlo, pero, al fin, me he rendido a la evidencia. ¡Tengo la negra!

Bernardo. ¡A buena hora! ¡Eso, antes, antes!

Ventura. Doy la negra a quien se junta a mí. Tú eras feliz, todo te sonreía y, desde que yo pisé tu casa, tu suerte ha cambiado. Y no eres tú, soy yo quien la

ha hecho cambiar. Me voy, me alejo de ti y te pido perdón por el mal que involuntariamente te he causado.

Paco. ¡Pero no seas infeliz, criatura! ¿Tú qué has de causarme?

Bernardo. ¿Es que vas a suplicarle que se quede? ¡Déjalo, Paco! A enemigo que huye...

Ventura. ¿Enemigo yo?...

Bernardo. ¡Usté, sí, señó; porque cuando se tiene la sombra que usté tiene, en lugá de andá suerto por las cayes, se debe uno escondé en el úrtimo rincón de la tierra!

(Por el foro aparece CURRITA, a tiempo de oir las últimas palabras de Bernardo.)

Currita. ¡Eso! ¡Muy bien dicho!

Paco. ¡Currita!...

Ventura. Y allí me iré, señora, a solas con mi dolor y mi amargura. De nuevo pido a todos perdón. ¡Que sean felices, que sean felices! (Y se va por el foro conteniendo las lágrimas.)

Paco. ¡Ventura! ¡Ventura! ¡Ven acá!

Currita. ¡Déjalo!

Bernardo. ¡Menudo peso te has quitao de ensima!

Paco. Pero, ¿no os da compasión? Un pobre padre de familia... ¿Dejarlo sin comer? ¿No tenéis caridad?

Bernardo. La caridá bien ordená, empiesa por uno mismo.

Currita. ¡Vaya bendito de Dios!

Paco. ¡Pobre amigo mío!

(Suena el timbre del teléfono.)

Currita. (Yendo al aparato.) El teléfono.

Paco. Dame. Será la conferencia. (Al aparato, sin moverse del butacón.) ¿Quién? Sí. Aquí, el catorce veintiuno. ¿De Sevilla? Bien. (A Currita.) Es Lozano. (Al aparato.) ¿Lozano? ¡Ah! ¿Es usté? ¿Qué tal? Nada. Preguntarle qué nuevas noticias hay del incendio del cortijo de Morales. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Que no es Morales? ¿Rosales? ¿La finca de mi cuñado? (A Currita y Bernardo.) ¿Lo veis? (Al aparato.) Ya. Pues en el telegrama que yo he recibido decía Morales. Una equivocación, sin duda, pero calcule usté el susto que nos hemos llevado todos. Ya. ¿De modo que sin importancia? ¿Unos costales de paja? Bien. Pues, nada más, Lozano. Adiós. Y gracias. Adiós. (Suelta el apa-

rato.) ¿Lo véis? ¿Lo estáis viendo? ¿Lo habéis oído? No era Morales, era Rosales, la finca de tu hermano. ¿Y hemos echado a ese pobre hombre por una equivocación del telégrafo? ¡Qué injustos somos!

Bernardo. ¡Señó, que en cuanto se ha largao se te empiesan a poné bien las cosas otra vez! ¡Como la luz!

Currita. ¡Eso, Paco; que se marchó, no le des vueltas!

Paco. ¡Pero, no seáis estúpidos, no sacarme de quicio! (Intentando levantarse e impidiéndoselo Currita y Bernardo.) ¡Ventura! ¡Ventura! ¡Llamadle!

Currita. ¡Déjalo!

Bernardo. ¡Déjalo, Paco!

Currita. ¡Si vuelve a entrar aquí, yo me tiro por el balcón!

Paco. ¡Pero, Señor, cuánta aberración, cuánta ignorancia! ¡Idiotas, criminales!... ¡Ventura! ¡Ventura! (Llorando de pena, de rabia y de impotencia al ver que no puede moverse del butacón.) ¡Pobre amigo mío! ¡Pobre amigo mío!...

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. El aparador, la mesa y las sillas de madera, que ocupaban el comedor, han desaparecido, y todo el mobiliario de la estancia se reduce ahora a una mesa camilla modestísima y a media docena de sillas de paja. Únicamente permanecen en sus puestos el macetero, la lámpara y la máquina de coser, Es de día, por la mañana; uno de esos días fríos, desapacibles y nublados del invierno en Madrid.

—

(Al levantarse el telón aparece ESPERANZA, sentada de cara a la derecha, cosiendo en la máquina. Junto a ella tiene un cesto de costura, una silla baja de eneas, un tablero para cortar ropa y varios metros de tela blanca. Hay una pausa, en la que sólo se oye el ruido de la máquina. Dentro suena el timbre de la puerta del piso. Esperanza se levanta y abre el portón En el descansillo de la escalera aparece EL SEÑOR LORENZO embozado en su capa.)

El señor Lorenzo. (Desembozándose al entrar en escena.) ¡Santos y frescos!

Esperanza. ¡Hola, padrino! Pase usté.

El señor Lorenzo. ¿Estás solita?

Esperanza Y no de Dios. Siéntese usté. (Esperanza cierra el portón.)

El señor Lorenzo. ¿Y tu padre?

Esperanza. Salió muy de mañana, como todos los días, a buscar trabajo.

El señor Lorenzo. ¿A buscar trabajo? Pues ¿y el puesto de la fábrica?

Esperanza. Lo perdió.

El señor Lorenzo. ¿Qué me dices?

Esperanza. Precisamente el día que estuvo usté aquí la última vez, fué cuando lo dejaron cesante.

El señor Lorenzo. ¡Válgame San Isidro!

Esperanza. Y yo también estoy parada.

El señor Lorenzo. ¿También tú?

Esperanza. A la semana de salir papá de la fábrica, quebró el almacén de sombreros y me quedé en la calle.

El señor Lorenzo. ¡Por vida de los moros!...

Esperanza. ¡Y hasta a mi novio lo tiene usté sin ocupación!

El señor Lorenzo. ¿Salustiano?

Esperanza. Era linotipista de *La Acción*, y como el periódico ha cesao de publicarse...

El señor Lorenzo. ¡Bendito sea Dios! ¡Qué racha! Por lo visto, chica, es que la mala pata de tu padre se os ha pegao a todos.

Esperanza. No va a haber más remedio que creerlo así, padrino. Son muchas desgracias, muchas casualidades juntas... Sin una misma querer, acaba por rendirse. ¡A mi madre le pasa igual que a mí!

El señor Lorenzo. Y se explica... se explica... ¡Es ya demasiao!

Esperanza. Camilo se ha puesto con nosotros, por lo de la colocación de su hijo, que ¿para qué le voy a contar?... ¡Echando las muelas! Piensa, como usté, que, de entrar aquí, se le ha pegao a Salus la negra de mi padre, y ha querido ya, dos o tres veces, que rompa sus relaciones conmigo; pero el chico, que me quiere a cegar, como yo a él, pues ha dicho que no. Y con este motivo hay cada pelotera entre el padre y el hijo, que le arde la cabeza al Espíritu Santo.

El señor Lorenzo. Lo creo. Y escarmentao como viene, desde lo del puesto de pedir limosna, excuso decirte... ¡Habrá que oír al verdulero!

Esperanza. Vamos de mal en peor, padrino. No hay quien arregle esta casa.

El señor Lorenzo. No se sabe, mujer. Lo último que se pierde, es la esperanza. Casualmente venía yo a proponerle a tu padre una colocación de la que me han hablao, compatible con su cargo en la fábrica de harinas. Si ya no está allí, con más motivo...

Esperanza. ¿De veras viene usté a ofrecerle una colocación?

El señor Lorenzo. ¡Y tan de veras!

Esperanza. ¡Ay, San Antonio bendito, si me hubieras hecho ese milagro!...

El señor Lorenzo. Claro es que no se trata de ninguna cosa mollar y que el puestecito se las trae, pero cuando la necesidaz aprieta...

Esperanza. Sea lo que sea, lo acepta mi padre. Si el pobre no quiere más que ganar dinero para sacarnos adelante...

El señor Lorenzo. ¿Y tu madre?

Esperanza. A empeñar un traje se fué para poder hacer la compra.

El señor Lorenzo. ¡Vaya por Dios!

(Dentro suena el timbre de la puerta del piso.)

Esperanza (Levantándose.) Puede que ya esté ahí. (Mirando por la mirilla del portón.) ¡Ella es!

(Esperanza abre el portón y deja pasar a JUSTA y a GERTRUDIS que llegan dando muestras de cansancio. Justa trae una cesta al brazo, y Gertrudis su acostumbrado lío.)

Justa. ¡Ay, qué dichosas escaleras!

Gertrudis. ¡Son de muerte, hija!

Esperanza. ¡Hola, tía Gertrudis!

Gertrudis. ¡Déjame que me siente! (Viendo al señor Lorenzo.) ¡Señor Lorenzo!

Justa. Pero ¿está aquí el señor Lorenzo?

El señor Lorenzo. Para servir a ustez, comadre. ¡Felices, señora Gertrudis! ¿De dónde ustez por estos barrios?

Gertrudis. Pues, hijo, de Santa Isabel; de casa de la marquesa de los Angeles.

El señor Lorenzo. Ustez siempre tratándose con la gente gorda.

Gertrudis. No lo crea usté. Cuando yo me trato con la gente gorda es porque empieza a adelgazar.

Esperanza Más trajes que vender. ¿No, tía?

Gertrudis. ¡Otros dos! Y con estos, son ya veinte los que me lleva entregaos doña Virtudes, en poco más de una quincena.

El señor Lorenzo. ¡Rediez! ¿Veinte trajes? ¡Se va a quedar encueros esa mujer!

Gertrudis. ¡Y si fueran sólo los trajes!... Pero está realizando la casa entera; alhajas, muebles, tapices... El marido se ha metido a empresario de teatros y todo es poco. No le digo a usté más sino que en el gran mundo le llaman ya a doña Virtudes, la marquesa en liquidación...

Justa. En eso se parece un poco a nosotros.

Gertrudis. ¿Por qué?

Justa. Porque también estamos en liquidación. ¡Ahora, que la nuestra es forzosa y por derribo!

Esperanza. ¿Qué te han dao en el Monte por el terno, mamá?

Justa. ¡Pásmate, hija! ¡Treinta pesetas!

Esperanza. ¿Treinta pesetas? ¡Pues hay que tocar un pito! ¿Qué hermano de los pobres había hoy colocao en la ventanilla?

Justa. Ramón, que como sabes, es muy mirao para la ropa.

Esperanza. ¡Ah, ya!

Justa. No se parece a Tomás, que le vas con dos ternos y en seguida te suelta uno; te coge el otro y, después de estar dos horas con ellos en la mano, te los devuelve diciéndote: «¡no me van!»

El señor Lorenzo. ¡Qué le han de ir, si no están hechos a su medida! ¡También es exigencia la del pollo!

Justa. En cambio, con Ramón, da gusto.

Gertrudis. Pero, ¿así andáis?

Justa. ¿Cómo?

Gertrudis. Empeñando cosas.

Justa. ¡Tú verás! De algo hemos de comer. Y con mi marido parao y la niña sin colocación...

Gertrudis. Pero, ¿la niña?...

Justa. Ya va para tres semanas que cerraron el almacén de sombreros y aunque la pobrecita mía se mata a trabajar, cosiendo ropa blanca, con lo que le dan no hay lo suficiente para salir adelante tres personas.

El señor Lorenzo. Cuatro con la Peque.

Justa. La Peque ya no está aquí. Tuvimos que despedirla y ahora sirve en el piso de Camilo.

El señor Lorenzo. ¡Válgame Dios!

Justa. ¡Nos ha caído la helada por los cuatro costaos, señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. ¡Ya lo sé, ya!

Gertrudis. Te advierto que ese es un mal que vamos a padecer toda la familia.

Justa. Menos vosotros, que nadáis en la abundancia.

Gertrudis. ¡Eso era antes!

Justa. ¿Cómo?

Gertrudis. Ahora hemos dejao de nadar y estamos a punto de ahogarnos. ¡Ni con corchos creo yo que salimos a flote!

Justa. Pues, ¿y la mina de oro del Bar de tu marido?

Gertrudis Se acabó la mina.

Justa. ¿Es posible?

Gertrudis. En cuanto se terminaron las obras del «Metro», aquello ha vuelto a ser la ruina de siempre. ¡Allí no entra ni el sol!

Justa. ¡Virgen del Amparo!

(Durante toda esta escena, Justa ha sacado de la cesta que traía al brazo, pan, legumbres, patatas, garbanzos y otros comestibles, y los ha dejado sobre la mesa del comedor, mientras Esperanza ha recogido la costura y cubierto la máquina.)

Esperanza. ¿Va usté para el centro, tía?

Gertrudis. ¿Por qué lo preguntas?

Esperanza. Porque yo he de ir a entregar unas prendas a la calle de Preciaos y si no tenía usté mucha prisa, me esperaba usté y nos íbamos juntas.

Gertrudis. Como quieras, pero no te entretengas mucho.

Esperanza. ¡Dos minutos lo más! ¿Usté se queda, padrino?

El señor Lorenzo. No, chica, que me marcho. Tu padre se tarda más de la cuenta y voy a aprovechar el tiempo llegándome al mercao de Santa Isabel a ultimar unas cosillas con los detallistas. Volveré luego.

Esperanza. (A Justa.) Ha venido a ofrecerle una colocación a papá.

Justa. ¡Ah! ¿Sí?

El señor Lorenzo. ¡Vamos; una colocación, no lo es!... Es decir, sí lo es. ¡Falta que le convenga al señor Ventura!

Justa. ¿No le ha de convenir? Sea lo que sea, le conviene.

Esperanza. Eso le he dicho yo.

El señor Lorenzo. ¡Allá veremos! ¡Hasta ahora mismo! ¡Conservarse, señora Gertrudis!

Gertrudis. ¡Vaya usté con Dios, señor Lorenzo!

Esperanza. ¡Adiós, padrino!

Justa. ¡Que no deje usté de venir!

El señor Lorenzo. ¡Faltaría más! ¡Hasta ahora! Buenos días.

Justa. ¡Hasta ahora! (Vase por el foro el señor Lorenzo y Esperanza por la segunda izquierda. Justa cierra el portón.)

Gertrudis. (Frotándose las manos para hacerlas entrar en reacción.) Oye, ¿sabes que hace aquí un frío que pela?

Justa. ¿Qué me vas a contar? Llevo yo media hora buscándome la nariz para sonarme y no me la encuentro... (Asomándose a la segunda izquierda.) Escucha, Esperancita, ¿no has echao el brasero?

(Dentro se oye la voz de ESPERANZA.)

Esperanza. (Dentro.) Sí lo he echao; pero tenía tufo.

Justa. ¿Qué ha de tener? Ya estará más que pasao. Voy a traerlo. (Coge las cosas que soltó sobre la mesa y, con ellas y con la cesta de la compra, se marcha por la derecha, regresando a poco con un brasero encendido, que coloca a los pies de Gertrudis. Justa acerca una silla y se sienta también al amor de la lumbre.) Viene que conforta, nada más acercarse.

Gertrudis. (Calentándose las manos.) ¡Sí que conforta! ¡Qué calorcito tan rico!

Justa. (Reaccionando con el calor.) Esto ya es otra cosa. Así, puede que me encuentre las narices.

Gertrudis. Bueno; y tu marido, ¿no hace nada?

Justa. Pide trabajo; pero como no se lo dan, en los ratos perdidos se dedica a construir jaulas para grillos.

Gertrudis. ¿Grillos en el invierno?

Justa. ¡Las cosas de ese hombre! Se ha pasao toda su vida haciendo equilibrios, y ahora le ha dao por trabajar en el alambre.

Gertrudis. ¡Es único!

(Por la segunda izquierda sale ESPERANZA, vestida para la calle y con un envoltorio al brazo.)

Esperanza. Cuando usté quiera, tía. No dirá usté que me he tardao.

Gertrudis. Cuando tú dispongas.

Esperanza. ¡Pues vamos!

(Gertrudis se levanta, coge su lío y se dispone a salir. Esperanza abre el portón, y en el descansillo de la escalera aparece SALUSTIANO.)

Salustiano. (A Esperanza) ¿Qué es eso? ¿Te vas?
Esperanza. A entregar en la camisería...
Salustiano. Te acompaño, entonces.
Esperanza. No, Salustiano. Si quieres ir conmigo, echa delante y espérame en Antón Martín. Pudiéndose evitar los disgustos, ¿a qué buscarlos? No quiero que tu padre nos vea salir juntos.
Salustiano. ¡Qué tontería!
Esperanza. No lo es, Salustiano. Ya sabes en la actitud que está; ya sabes que le molesta que, contra su voluntad, tú sigas siendo novio mío. ¿A qué provocar sus iras? ¿A qué mortificarle? ¡Echa delante, y en Antón Martín nos reuniremos!
Justa. Dice bien Esperanza, Salus.
Salustiano. ¡Pero es que se me hace cuesta arriba, señora, representar esta comedia! Yo soy mayor de edad y dueño de mis actos...
Justa. Para guardarle consideraciones a un padre, nunca se es mayor de edad, Salustiano.
Salustiano. (A Esperanza.) Bien está. Te esperaré en Antón Martín.
Esperanza. Así me gusta que seas: razonable. (Desaparece Salustiano de la vista del público.) ¿Vamos, tía?
Gertrudis. Vamos allá. ¡Hasta otro día, Justa!
Justa. ¡Adiós, Gertrudis!
Esperanza. (Viendo llegar a su padre por la derecha.) Aquí está papá.

(En el descansillo de la escalera aparece VENTURA, más derrotado aún que en el acto primero, a cuerpo, con una bufanda liada al cuello y con su hongo inseparable.)

Gertrudis. ¡Hola, hombre! ¿Cómo te va?
Ventura. (Con tristeza.) ¡Ya me ves!
Esperanza. Ha estao a buscarte el padrino, que necesita verte.
Ventura. ¿A mí?
Esperanza. Para hablarte de una colocación.
Ventura. Bien venida sea.
Esperanza. Y ha quedao en volver.

Ventura. Pues aquí le espero.
Esperanza. ¡Hasta después!
Gertrudis. Buenos días.
Ventura. Id con Dios.

(Por el foro se van Gertrudis y Esperanza. Ventura cierra el portón, se sienta en una silla, mira a su mujer, suspira con desaliento y luego hunde su cabeza en el pecho.)

Justa. ¿Qué hay?
Ventura. ¡Nada!
Justa. ¿No has encontrado trabajo?
Ventura. En ninguna parte. Abiertos tengo los pies de tanto andar. He ido a tres o cuatro obras a solicitar un puesto, de peón inclusive... ¡Nada! Sin saber ya adonde dirigir mis pasos, me encaminé hacia la Estación de Atocha. Llegué en el momento preciso en que entraba en agujas el expreso de Sevilla. Vi salir del andén a un caballero transportando una pesada maleta, me acerqué a él y le dije:—Caballero, ¿le llevo la maleta?—Me miró de arriba a abajo y me contestó:—Pero, ¿qué va usté a poder con la maleta? ¡Bastante peso lleva usté con el hongo!—Y me volvió la espalda. ¡Es horrible, horrible esto que me sucede! Encontrarme con salud, con ánimos para trabajar y sin poder lograrlo.... ¡Es horrible!
Justa. Y, ¿qué le vas a hacer? Ten paciencia. A mal tiempo, buena cara.
Ventura. Anselmo, tu cuñao, ¿no querría admitirme en el Bar? Aunque fuese para fregar las copas... Si tú le hablases a Gertrudis...
Justa. ¡Bueno está también Anselmo!
Ventura. Pues, ¿no le iba tan viento en popa su negocio?
Justa. Dice mi hermana que, desde que se acabaron las obras del «Metro», aquello es un cementerio, qué no entra un alma.
Ventura. ¡Ah, sí? ¡Para que veas, mujer! ¡Tanto como me ponderabas la suerte de tu cuñao, comparándola con mi mala estrella!... ¡Ahí lo tienes! Si en la vida no hay suerte; no hay más que oportunidad. ¡Llegar a tiempo!
Justa. Pues, hijo, lo que es tú, como si hubieses llevao toda tu vida atrasao el reloj.
Ventura. ¿Por qué?
Justa. Porque, ni por casualidad, has llegao a tiempo a ninguna parte.

Ventura. ¡Esa es mi desgracia!

(Pausa breve. Ventura se levanta y se va por la primera izquierda. Justa se encamina hacia la derecha cuando dentro suena el timbre de la puerta del piso. Justa abre el portón y, en el descansillo de la escalera, aparece PACO CARMONA.)

Paco. Buenos días, señora.
Justa. Dios le guarde, señor.
Paco. ¿Está Ventura?
Justa. Sí, señor. Pase usté. (A VENTURA, que en este momento sale por la primera izquierda, sin la bufanda y sin el hongo y llevando en la mano una espuerta con alambres cortados, taruguitos de madera y algunas herramientas de carpintería, aplicables a la construcción de jaulas para grillos, industria a la que se dedica, como sabemos, por distraer sus largos ocios de hombre sin colocación Dentro de la espuerta irán también algunas jaulas, ya construídas.) ¡Ventura, mira a quién tienes aquí!
Ventura. (Soltando la espuerta sobre la mesa del comedor y yendo a abrazar a su amigo.) ¡Paco!
Paco. ¡Ventura!
Ventura. ¿Cómo te encuentras?
Paco. Ya bien, gracias a Dios. Hasta hoy no me ha dado de alta el médico y mi primera visita ha sido para ti.
Ventura. ¡Dios te lo pague! Siéntate, siéntate. Yo no me he atrevido a subir a tu casa, pero todos los días he preguntao por ti al portero.
Paco. Lo sé, lo sé.
Ventura. Ya comprenderás...
Justa. Con su permiso, dejo a ustedes.
Paco. (Saludando con una inclinación de cabeza.) ¡A sus pies, señora!
(Justa se va por la derecha. El portón queda entreabierto.)
Ventura. ¡Siéntate, Paco! (Se sientan los dos.)
Paco. Pues, sí, chico; ha sido un fastidio esto de la pierna. Veinte días sin poder moverme... Una distensión de ligamentos, con derrame sinovial... ¡Un fastidio, un verdadero fastidio!
Ventura. Pero, ¿has quedao completamente bien?
Paco. ¡Eso, sí! Por suerte la cosa no ha tenido la importancia que el médico le dió en un principio. Todo se ha reducido a unos masajes y a unos días de quietud.

Ventura. Más vale así.

Paco. Pero, bueno, hablemos de ti, que es lo que importa. ¿Qué haces? ¿Cómo te va? ¿Trabajas?

Ventura. (Mostrándole la espuerta y sacando de ella unas cuantas jaulas.) ¡En ésto!

Paco. (Riéndose.) ¿Jaulas? ¡Pero eso no es trabajar; es distraerte!

Ventura. (Con tristeza.) ¡Llámale como quieras! ¡No hago otra cosa!

Paco. ¡Pobre Ventura!

Ventura. Solicito trabajo y de todas partes me rechazan Y no es esto lo peor, sino que mi mala fortuna, se ha trasmitido ya a los míos. A mi hija también la han despedido de su taller, y nuestra situación va siendo, por días, más difícil.

Paco. (En un arranque de generosidad.) ¡Pues, eso, no, mientras yo viva! ¡Pensando en ello es por lo que me he apresurado a venir a verte, apenas he puesto el pie en la calle! ¿Quieres dinero? ¿Te hace falta dinero? Pídeme lo que necesites, en la seguridad de que has de proporcionarme un gran placer al dártelo.

Ventura. (Con dulzura.) No, Paco. ¡Dios te premie tu buena intención! Pero yo no puedo aceptar una limosna.

Paco. ¿Eh?

Ventura. Y no creas que es orgullo—bien me conoces;—es dignidad. Si yo estuviese impedido, con alma y vida admitiría tu oferta; pero me encuentro sano, en condiciones de trabajar, y sólo a cambio de un servicio prestado puedo tomar ese dinero que me brindas.

Paco. Llevas razón. Perdona. En tu caso, sería la misma mi actitud. Pero, ¿qué quieres, hijo? Reconociendo lo justo de tu demanda, yo no puedo ofrecerte trabajo, como no sea a trueque de un grave disgusto familiar. Mi mujer, como buena sevillana, informada por su primo de la leyenda que pesa sobre ti, no quiere que vuelvas a poner los pies en casa. De nada me han servido las palabras, ni los razonamientos. ¡Admite que no sea cierto lo de tu influencia perniciosa, pero, por si acaso, dice. Y contra esto, no hay forma de luchar. ¡En ese, por si acaso, está toda la razón de tu infortunio!

Ventura. Verdad, verdad. ¡Y no me sorprende! ¿Cómo puede sorprenderme si es aquí, en mi propia

casa, y mi mujer y mi hija piensan igual? Desgracia tras desgracia las ha llevao al convencimiento de que, no sólo soy funesto para mí, sino también para ellas ¡Y me huyen, Paco, me huyen. Creen que no lo noto, pero me huyen. ¡Y tú no sabes qué amargura, qué infinita tristeza es ésta de que los mismos pedazos de tu corazón te hagan el vacío! ¡Si yo tuviera valor para matarme, ya me habría quitao de sufrir!

Paco. ¡Pobre Ventura! El ambiente te ahoga. No te queda más recurso que huir. ¡Otro mundo y otro cielo! ¡América! Donde nadie te conozca, donde todo sea nuevo para tí; los hombres, las leyes, el idioma. Unicamente así podrás borrar el horror de tu leyenda.

Ventura. ¿Crees que no lo he pensao? Pero, ¿dónde voy, si carezco hasta de lo más indispensable?

Paco. ¡Yo te lo presto! A eso no te puedes negar. ¡Cuenta conmigo!

Ventura. ¡Gracias, Paco, gracias!

(Por el entreabierto portón del piso asoma la cabeza EL SEÑOR LORENZO.)

El señor Lorenzo. ¿Se puede pasar?

Ventura. (Volviendo la cabeza y levantándose al ver a su compadre)Entre usté, señor Lorenzo. (Paco Carmona se pone de pie.)

El señor Lorenzo. ¿Qué tal, señor Ventura?

Ventura. Vamos tirando. (Presentando a sus amigos.) Mi amigo don Francisco Carmona. El señor Lorenzo, padrino de mi hija.

El señor Lorenzo. Servidor de ustez.

Paco. Yo lo soy de usté.

(Hay un momento de embarazo, que corta Ventura.)

Ventura. Siéntense ustedes. ¡Siéntate, Paco! (Ofreciéndole una silla a su compadre.) ¡Una silla, señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. Muchas gracias. (Se sientan los tres. Paco y el señor Lorenzo a la derecha y Ventura a la izquierda. Maquinalmente, Ventura se pone a trabajar en la confección de jaulas.) Ya he estao aquí antes a buscarle.

Ventura. Me lo ha dicho Esperanza. No sabe usté lo que he sentido... Algo me ha hablao la chica de que tenía usté una colocación para mí.

El señor Lorenzo. Sí, señor; el encargo, hace ya tres días, de ofrecerle a ustez un puestecillo...

Ventura. ¡Pues venga! ¿A qué estamos sino a trabajar? Sea donde fuere y como fuere, lo acepto. No están los tiempos para andarse con remilgos.

El señor Lorenzo. Bueno, verá ustez, señor Ventura; es que la cosa... ¡Vamos, no es así...! ¿Cómo diría yo? No sé. Por eso me he estao tres días sin decidirme a venir; pero después he pensao—¡qué jinojo!—que a lo mejor podía convenirle a ustez y que cuando se carece de tó, pues algo es algo. ¡A falta de pan, buenas son tortas! Y aquí me tiene ustez a hablarle del asunto, siempre salvando, como es natural, mi buena intención, porque, al fin y al cabo, como ustez comprenderá, yo no soy más que un mandao. ¿Me entiende ustez, señor Ventura?

Ventura. Ni una palabra.

El señor Lorenzo. (A Paco.) ¿Y ustez, caballero?

Paco. Menos aún, puesto que no estoy en antecedentes.

El señor Lorenzo. ¡A ver si yo me sé explicar!

Ventura. ¡A ver!

El señor Lorenzo. (A Ventura.) Se trata... de que a mi puesto del Mercao de la Cebada, donde me tiene ustez a su disposición, pa lo que guste mandar... (Esto último lo dice dirigiéndose a Paco Carmona.)

Paco. Muchas gracias.

El señor Lorenzo. (A Ventura.) Llegaron días pasaos unos amigos a comprometerme con el aquel de que viniera a verle a ustez y a proponerle que aceptara una colocación en su casa.

Ventura. ¿A proponerme a mí?... ¡Es singular! Sin duda, esos señores, desconocen mi fama.

El señor Lorenzo. Al contrario. Precisamente porque la saben es por lo que se han acordao de ustez, primero que de nadie, y me han comisionao pa que yo hable con ustez y le obligue a no rechazar el cargo que le ofrecen.

Ventura. Dios se lo pague a esos caballeros; pero, francamente, no comprendo...

El señor Lorenzo. Tiene su por qué, señor Ventura; tó en esta vida tiene su por qué. Esos amigos, hace ya tiempo—¿sabe ustez?—, montaron un negocio, el cual, a la presente, va pero que de muy mala manera.

Ventura. ¿Y piensan que yo pueda enderezarlo? ¡Sigo sin entenderlo!

El señor Lorenzo. Lo entenderá ustez en cuanto yo le diga que el negocio de que se trata, que es una fábrica de aserrar maderas, está asegurao de incendios en más de lo que vale: en setenta mil duros.

Ventura. (Poniéndose en guardia.) ¡Señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. Y, la verdaz, a mis amigos, pa salvarse de la ruina que les amenaza, no les queda más solución que quemar la fábrica pa cobrar el seguro; pero como quiera que la cosa es comprometida y tiene sus quiebras, se han acordao de ustez y han dicho a una: «¡Que venga aquí ese hombre! ¿No dicen que es un tío que en esto de los fuegos no hay quien le lleve el pulso? Pues ¡que venga aquí! Como él no nos salve, no nos salva nadie.»

Paco. ¡Es el colmo!

El señor Lorenzo. ¡Bien pagao el cargo; eso, sí! Diez pesetas diarias, mientras llega el siniestro, y un veinte por ciento de comisión al cobrar el seguro.

Ventura. ¡Señor Lorenzo!

El señor Lorenzo. ¡Señor Ventura, yo le digo a ustez lo que me han dicho, y luego ustez puede hacer de su capa un sayo!

Ventura. (A Paco.) ¿Tú oyes ésto?

Paco. ¡Sí, hijo, sí! Está visto que hay gente para todo, que en la vida nada se desaprovecha, que hasta de la desgracia se pretende sacar partido. ¡Es odioso!

Ventura. ¡Es burlarse de mi desventura!

El señor Lorenzo. Señor, ¿qué pasa? ¿Que no le conviene a ustez? ¡Pues tan amigos! Los negocios son pa tratarlos, digo yo.

Ventura. ¿Podía llegar a más mi mala suerte?

(Por el entreabierto portón del piso irrumpe en escena, jadeante, ESPERANZA.)

Esperanza. ¡Papá! ¡Papá!

Ventura. (Que tiene en la mano unas cuantas jaulas se levanta con ellas y acude a su hija.) ¡Hija! ¿Qué te ocurre?

Esperanza. ¿Lo sabes? ¿Lo sabes ya? ¿No te lo han dicho? ¡Acabo de verlo en los transparentes de la Puerta del Sol! ¡El 13.000! ¡Tu número! ¡Premiao con el premio mayor!

Ventura. (Sintiendo un desvanecimiénto) ¿Eh? ¿Qué? ¡Dios mío! (Y tira las jaulas por lo alto y le acomete un temblor nervio-

so y corre por la escena, presa de viva excitación. Sus amigos se asustan creyendo que se ha vuelto loco.)

Paco. ¿Su número?

El señor Lorenzo. ¿El premio mayor?

Ventura. ¡Justa! ¡Justa!

Esperanza. Imagínate como habré llegao hasta aquí... ¡En un vuelo, para darte la noticia! Ya lo saben Camilo y el carnicero y el señor Ambrosio... ¡Todos los que no quisieron jugar contigo! ¡Que rabien! ¡Que rabien!

Ventura. ¡Justa! ¡Justa!

(Por la derecha sale JUSTA, alarmada por los gritos.)

Justa. Pero ¿qué pasa?

Ventura. ¡Que nos ha tocao la lotería!

Justa. ¿Es posible?

Ventura. ¡Que somos ricos! ¡El 13.000! ¡Mira si te hago caso y lo devuelvo!... (Abrazando a todos.) ¡Qué alegría! ¡Qué alegría, Paco! ¡Que alegría, señor Lorenzo!

Paco. Pero ¿qué llevas jugado?

Ventura. ¡Un vigésimo!

Paco. ¿Tú solo?

Ventura. ¡Yo solo!

El señor Lorenzo. ¡Arrea!

Paco. ¡Buen pellizco!

Ventura. (A Justa.) ¿Dónde está el número? ¿Dónde tienes el número?

Justa. Tú sabrás.

Ventura. ¿Cómo que yo sabré?

Justa. Donde tú lo pusieras.

Ventura. ¡En el traje!

Justa. ¡Pues búscatelo! No tienes más traje que ese...

Ventura. ¡En el otro traje!

Justa. ¿En cual?

Ventura. En el que llevaba el día que lo compré. ¡A ver qué se ha hecho del décimo! ¡Ven conmigo! ¡Entra conmigo! (Se va por la primera izquierda, seguido de Justa y de Esperanza.)

(Por el foro aparecen GERTRUDIS y SALUSTIANO, con la emoción pintada en los semblantes.)

Gertrudis. ¿Qué?

Salustiano. ¿Qué?
Gertrudis. ¿Le ha tocao?
El señor Lorenzo. ¡Eso dicen!
Salustiano. ¡Vaya, hombre! Me alegro. ¡Bien ganao se lo tiene el pobre!
Gertrudis. ¡Dios, que acude siempre a la mayor necesidad!

(Por la primera izquierda sale ESPERANZA, triste y llorosa.)

Esperanza. ¡Ay, madrecita de mi alma!
(Todos se alarman.)
Gertrudis. ¿Qué pasa?
Esperanza. ¡Que se ha perdido el décimo!
Todos. ¿Qué?
Esperanza. ¡Que no aparece! Dice mi madre que quizás haya ido al Monte en uno de los trajes que se han llevao a empeñar... ¡No sabemos! ¡Lo cierto es que no aparece!
Gertrudis ¡Vamos!
El señor Lorenzo. ¡Es el colmo de la mala pata de un hombre!
Paco. ¡No cabe más!
Salustiano ¿Tocarle la lotería y que se pierda el décimo?... ¡No le pasa a nadie!
El señor Lorenzo. ¡Hay pa pegarse un tiro!
Esperanza. ¡Su mala sombra, que le persigue hasta la muerte!
Salustiano. ¡Pobre señor Ventura!

(Por la primera izquierda sale, pálido y descompuesto, VENTURA, y se dirige hacia la segunda izquierda.)

Ventura. ¡Nada! ¡No está! ¡No está, Dios mío! (Desaparece por la segunda izquierda y por la primera sale JUSTA, encaminándose también a la segunda.)
Justa. ¡A ver si en el cuarto de la niña!... ¡Pero, ca! ¡Sabe Dios dónde habrá ido a parar el décimo. (Vase por la segunda izquierda.)
Paco. ¡Pobre!
El señor Lorenzo. ¡Se necesita haber nacido de cabeza!...

(Por el foro aparece CAMILO.)

Camilo. ¿Qué hay? ¿Se confirma la noticia?

El señor Lorenzo. Sí, señor; le ha tocao la lotería, pero se le ha extraviao el décimo.

Camilo. ¿Qué me dice usté?

El señor Lorenzo. ¡Que se le ha extraviao!

Camilo. ¡Naturalmente! ¡Si ya me extrañaba a mí que, a un tío con ese pata, se le entrase, de pronto y porque sí, la fortuna por las puertas, sin pedir permiso! ¡Si no tenía más remedio, si era imposible! ¡Si tié la tizná! ¡Si tié la negra!

El señor Lorenzo. ¡Calle ustez, Camilo!

Camilo. Y que el décimo no aparece, es anciano. (A Salustiano.) ¡Mira qué razón tuve yo pa no jugar! Si juego y el décimo se pierde, a estas horas o me ha dado la meningitis o me he buscao una perdición. ¡Porque yo me como al señor Ventura guisao en su tinta!... ¡Vamos!... ¡Y tú sin quererme hacer caso! ¡Como yo te vea que pones más aquí los pies, te cruzo la cara! (Y le amaga un golpe, que Salustiano esquiva.)

Salustiano. ¡Padre!

El señor Lorenzo. ¡Camilo!

(Por la izquierda sale VENTURA, desesperado y loco.)

Ventura. ¡Nada! ¡No está, no está! ¡Se ha perdido! ¡Mi estrella! (Cogiendo una barrena de la espuerta y queriéndosela clavar en el pecho.) ¡Maldito sea!... (Paco, Esperanza y el señor Lorenzo, se precipitan sobre él, le sujetan la mano y le quitan el arma.)

Paco. ¡Ventura!

Esperanza. ¡Papá!

El señor Lorenzo. ¿Qué va ustez a hacer, criatura?

Ventura. (Deshaciéndose en llanto y echándose de bruces sobre la mesa.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Salustiano. ¡Pero no se ponga usté así!

Gertrudis. ¡Quién sabe todavía!

El señor Lorenzo. ¿No dicen que puede que esté en el Monte? ¡Pues al Monte! Yo mismo voy.

~~**Paco.** ¡Señor!... ¿Y tu justicia?~~

El señor Lorenzo. ¿Dónde está la papeleta? ¡A ver la papeleta! (Esperanza entra por la primera izquierda y sale, a poco, con un fajo de papeletas de empeño.) ¡Cálmese ustez, hombre! A lo mejor, de tan guardao, no aparece.

Esperanza. (Saliendo por la primera izquierda.) ¡Tenga usté, padrino!

El señor Lorenzo. (Repasando las papeletas.) «Abrigo señora, sábanas, mantel...»

Esperanza. No es esa.

El señor Lorenzo. «Pasadores, pendientes oro, pulsera ..»

Esperanza. Tampoco es esa.

El señor Lorenzo. «Mantón espuma, camisas...»

Esperanza. Tampoco.

El señor Lorenzo. «Reloj despertador, sombrilla...»

Esperanza. ¡Traiga usté! (Coge unas cuantas papeletas y las va leyendo para sí.)

El señor Lorenzo. «Manteleta, impermeable, zapatos...» ¡Pero, chica, os habéis mudao al Monte!...

Esperanza. ¿Qué quiere usté, padrino? (Dando con la papeleta.) «¡Traje caballero marrón!...» ¡Esta es! (Se la da al señor Lorenzo.)

El señor Lorenzo. Venga. (Leyéndola.) ¿Doce pesetas? ¡Yo las tengo! ¡Voy ahora mismo!

(Se encamina rápidamente hacia el foro, cuando dentro se oye la voz de JUSTA, que grita:)

Justa. (Dentro.) ¡Venturaaa!

(El señor Lorenzo se detiene a la puerta y todos recobran la esperanza.)

Ventura. (Poniéndose de pie.) ¿Qué?

(Por la segunda izquierda sale JUSTA, radiante de satisfacción, enarbolando el vigésimo en la mano. Al verla, todos dan muestras de alegría.)

Justa. ¡Aquí está!

Paco. ¡Vamos!

Gertrudis. ¡Gracias a Dios! Tres cuartos le debo a San Antonio.

Ventura. ¡Aquí está! ¡Trece mil pelao! (Besa el vigésimo.) ¡Gracias, Dios mío! ¡Setecientas cincuenta mil pesetas para mí solo! ¡Por fin! ¡Yo, rico! ¡Yo, potentao! ¡Yo, dueño de una fortuna! ¡Gracias, Dios mío, gracias! (Transición.) ¡Qué hongo me voy a comprar en cuanto cobre!

El señor Lorenzo. (Abriéndole sus brazos.) ¡Señor Ventura!

Ventura. ¡Señor Lorenzo!

Paco. (Abrazando a Ventura.) ¡Que sea enhorabuena, muchacho!

Ventura. ¡Gracias, Paco!

(Unos y otros felicitan a Ventura, a Justa y a Esperanza. Mucha animación desde aquí hasta el final.)

Camilo. Pero, ¿quién decía que este hombre tenía la negra?

Esperanza. ¡Usté mismo!

Camilo. ¿Yo?... ¡Lo que tiene es una suerte que quita la cabeza! La negra es de nosotros. ¡Hay que ver! ¡Tocarle a él solo la lotería, por no haber querido ni regalás las participaciones!...

Esperanza. ¡Chincharse, amigo!

Salustiano. Y ahora, ¿qué dice usté, padre?

Camilo. ¡Que como me salgas de aquí, te deslomo!

(Dentro se oye un fuerte rumor de pisadas en la escalera.)

Justa. ¿Qué tropel es ese?

Gertrudis. (Asomándose al descansillo.) ¡Una nube de periodistas y fotógrafos!...

Esperanza. ¡Vendrán a retratarlo! (Palmoteando.) ¡Ay, qué gusto!

Paco. ¡Hasta vas a pasar a la posteridad!

Ventura. ¿Has visto?... ¡Y así se escribe la historia!

Paco. Tienes razón. Tú, que has sido siempre un desgraciado, aparecerás mañana en los periódicos como un hombre de fortuna. «¡Ventura Capellanes, el agraciado!...» ¡Esta es la vida!

Ventura (Sin querer dar crédito a cuanto le sucede.) Pero, ¿es verdad? ¿No estoy soñando? ¿Qué es ésto, Dios mío?

Paco. ¡Que te llegó tu hora! ¡Todo llega, Ventura! La cuestión es saber esperar. ¡Deseando estoy de aparecer por mi casa, para saber qué va a decir ahora Bernardo Puente!

El señor Lorenzo. ¡Viva el señor Ventura!

Todos. ¡Viva!

Ventura. (Con sincera emoción.)

> «¡A reinar, fortuna, vamos;
> no me despiertes si duermo!...»

Salustiano. ¡Viva el señor Ventura!

Todos. ¡Viva!

Camilo. ¡Viva el tío de la suerte!

Todos. ¡Viva!

(Y entre bullicio y algazara, animación y júbilo de todos, cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, agosto 1924.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Cuarta edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El patio de los naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de la feria, comedia en tres actos.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer de su casa, sainete.

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

Inmaculada, comedia en tres actos.

Constantino Plá, comedia en tres actos.

El clavo, comedia en tres actos.

El paso del camello, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

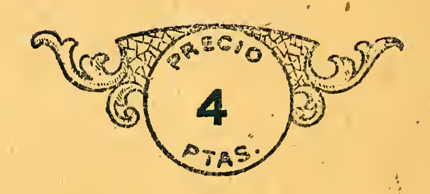
Cándido Tenorio, sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.

El primo, comedia en tres actos.

La negra, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.

La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)



Sucesor de R. Velasco.—Teléf. 5-51 M.
Marqués de Santa Ana, 11 duplicado